

REVISTA DE LEVANTE

Redactor-Jefe:

V. CALVO-ACACIO

V. CALVO-ACACIO

CRÓNICA

Por fin al pueblo español comienzan á preocuparle los añejos vicios del sistema parlamentario. Tardó muy cerca de un siglo en percatarse de lo extraño y anómalo de la vida política nacional, pero gracias al indudable progreso de su cultura y á su contacto frecuente con esos trozos cotidianos de la Historia de España, la opinión reacciona y vé con meridiana claridad que lo que debiera ser templo augusto de las leyes ha sido siempre camarín de la intriga, circo romano donde luchan los gladiadores por el favor del César.

Digno de nota es el fenómeno que actualmente se observa en este país. Sus representantes, enfrascados en luchas, intrigas y conspiraciones, apenas se dan cuenta de que vivimos en los albores del siglo XX, es decir, en plena soberanía de la sinceridad y del interés por el bien humano, y continúan impasibles jugando á los partidos, sin abandonar aquellas archiviejas trapacerías que fueron el encanto de nuestros venerables abuelos.

En cambio la gran masa nacional va pensando á la europea, contempla con visible malhumor ese anacronismo viviente, comprende

que el Parlamento degenera, que no cumple sus altos fines y asiste con olímpico desdén á cuanto pasa en las Cortes.

Los representantes de la Nación están, pues, á más distancia de la realidad que sus representados; si el error es inconsciente, hay que nombrar mandatarios capaces; si es valor entendido la indiferencia del país, aún resulta leve pena.

Pero de una manera ó de otra, quien ha sufrido siempre las consecuencias de nuestras vanas costumbres parlamentarias es el pueblo español, soñador eterno de próximas bienandanzas, condenado á sufrir la insaciable sed de mejoramiento.

Si alguien tuviese la curiosidad de hojear el *Diario de Sesiones* del Congreso desde la primera mitad del siglo XIX hasta nuestros días, cuánta palabra vana, cuánto fuego de artificio, qué infecundidad más asombrosa encontraría. Grandilocuentes discursos, notables polémicas, ingeniosas interrupciones, cálidos debates, pero pocas, muy pocas sesiones en que los padres de la patria, con alteza de miras, absoluto desinterés político y reposada serenidad, se dediquen á beneficiar á la patria con leyes sabias y convenientes.

Pero ¿acaso nuestros Parlamentos han tenido alguna vez tiempo suficiente para cum-

plir sus importantes deberes? Un Estado que cambia su Constitución diez veces en un siglo, que en idéntico transcurso de tiempo conoce á veintiun jefes soberanos; que desde 1810 á 1901 no han tenido sus Cámaras más que una sola vez—de 1886 á 1890—cuatro años de duración, ¿puede hacer algo útil y positivo?

Los gobiernos se suceden con extraordinaria rapidez; á cada cambio nuevas Cortes, trasiego de funcionarios, orientaciones nuevas, y entre dirimir las ambiciones de los aspirantes á la nómina, nombrar gobernadores, preparar las elecciones generales y dar fin al insensato, estéril y vano debate político, piérdese un tiempo precioso. No tardan en llegar en los contrarios las nostalgias del poder, y con ellas las asechanzas, las intransigencias, las emboscadas, los combates, y como generalmente á los gobiernos les falta la debida preparación para dirigir la complicada urdimbre del Estado y sus programas siempre son forjados en la oposición y carecen de aquella solidez que los hace viables, duran en el poder lo que las oposiciones tardan en urdir cualquier emboscada, precisamente cuando los ministros iban orientándose ó comenzaban el estudio de cualquier útil reforma. De este modo ni hay programa que se cumpla, ni partido político que refleje de una manera clara en el Estado su finalidad, ni personaje político que pueda demostrar á su patria si es ó no legítima esperanza.

Yo no dudo, como esos detractores de todo lo español, que hayan ocupado el poder hombres ilustres, de capacidad y de nervio bastantes para dejar en España grata memoria de sus iniciativas y de sus talentos; lo que sí creo también es que todos esos hombres fracasaron ante lo inestable de nuestro Parlamento y la inveterada y vácua superficialidad de sus miembros.

Lo peor es que no tiene fácil remedio la tradicional bancarrota de nuestro sistema parlamentario. Mientras se considere científica y prácticamente preciso el régimen de las mayorías, sin cuyo apoyo los partidos no se atreven á ocupar el poder, mientras no se garantice la independencia y la personalidad del

elector y no se exijan ciertos requisitos que liguén más el mandatario á los mandantes, el mal subsistirá.

Decidme, ¿qué es eso de mayoría sino una ficción inicua por la que los gobiernos pretenden demostrar al país que ocupan el Poder por su voluntad? Y para demostrarlo cumplidamente se dedica el ministro de la Gobernación á formar una lista de amigos y deudos, á los que se les asigna un distrito que tal vez no conozcan ni de oídas; se nombran gobernadores con el exclusivo fin de que salgan triunfantes determinados candidatos y se advierte á los alcaldes rurales que vendrán inspecciones administrativas si los sufragios no son para el candidato del gobierno. ¿Pueden llamarse representantes del país los que de tal manera logran el acta? Si á solas en su gabinete de estudio meditaran después de las elecciones cuántos de aquellos miles de votos se les han otorgado *á su persona* en plena conciencia, el pudor, la honradez, el amor al sistema representativo y á su patria les haría romper el acta.

Pues si de esa manera se forman las mayorías, no es paradójico afirmar que en el Parlamento las verdaderas mayorías son las minorías, porque alcanzaron mayor número de votos conscientes y libres. ¿Qué fuerza moral han de tener en las Cortes los votos de los amigos del gobierno si no representan, si no pueden representar al país?

Confieso lealmente que en España, dado el concepto que se tiene de la política, los gobernantes han de oponer el número de sus amigos á las asechanzas de los contrarios, pero en buena, en sana, en lógica doctrina política, las mayorías sólo sirven para desvirtuar la tarea gubernamental.

Y no sólo dificultan y deslucen dicha tarea, sino que hipotecan á los individuos que la forman sus sagradas obligaciones para con los comitentes, dejándoles muchas veces desamparados en asuntos de verdadera importancia para el distrito.

Cuando la discusión de la ley de Alcoholes ¿hubo algún diputado de la mayoría, representante de las regiones viti-vinícolas que las

defendiese? ¡Votaron en favor del gobierno y en contra de sus electores! Claro, había que agradecer el *encasillado*, los votos no, porque en realidad nadie les hizo libre merced de ellos.

Aún resultan otros males de esa manera de entender el sufragio y del clásico régimen de las mayorías: el que no vayan por lo general al Congreso individuos estudiosos, discretos y competentes que puedan ayudar á los hombres de Estado en su difícil misión y cumplir con la suya.

Todos lo sabemos; algunos centenares de actas quedan para la parentela ministerial ó la de los conspicuos de la oposición, para jóvenes que, salvo excepciones honrosísimas, no están enterados más que de *le dernier cri* ó de la *great attraction*, y que lo más que hacen es entregarse por entero á la chismografía de comedres.

Con todo eso y mucho más que omito, no resulta insólito el espectáculo que se dió en el Congreso la tarde memorable de la sesión permanente. Se explica también ese afán por concurrir á las sesiones borrascosas, en las que se litigan puros conceptos de amor propio, y la total ausencia en todas aquellas en que se discuten asuntos importantes. Y sobre todo, sobran razones que expliquen ese profundo desdén, esa indiferencia sin ejemplo que la opinión ha demostrado durante los escándalos de los suplicatorios y la discusión de la reforma del Concordato...

A los hombres de gobierno más debe de asustarles el hielo de las multitudes que los gritos revolucionarios, porque si el desborde pasional suele ser resultado de indirectas solicitudes, casi siempre interesadas, el desdén, el desprecio nace de la propia desilusión, del agotamiento del nervio, cien veces sacudido y otras tantas burlado.

Ningún político se libra de la ola fría; no hace muchos años el país se agarraba con febril esperanza, según las ideas sustentadas, á personalidades algo distantes del foco político, pero en la actualidad, ya sometidas todas ellas á la prueba decisiva, el medio ambiente las sujestionó y forman en las filas de los fraca-

sados. Desde Nocedal, el antiparlamentario más parlamentario, luz de su nombre, polo de sí mismo, hasta Salmerón, víctima de su propio talento, empeñado en ser metafísico cuando debiera ser político, y en ser político cuando debía ser filósofo solamente, nadie inspira verdadera fé, porque todos, cual más, cual menos, se han hecho solidarios de todas las torpezas y tomaron parte activa en la gran contradanza parlamentaria.

Quizá muchos hombres de positivo talento no la bailan sino por fuerza, pero son más culpables que los bailarines de oficio porque no quieren sobreponer el interés general á los mezquinos del partido y sacrifican altos deberes de conciencia, la propia dignidad y convicción, en aras de cualquier intriguilla de bajo vuelo.

Que no olviden los que se llaman representantes de la nación, que lo que no consiguen los cañones ni las sorpresas, como la memorable del general Pavía, pueden lograrlo las carcajadas del país. Ejemplos hay en la Historia.

*
* *

El suceso internacional más saliente de la quincena es el triunfo de Teodoro Roosevelt sobre el otro candidato á la presidencia de la República Norte-Americana, esto es, la supremacía de las ideas de dominación, de predominio, de conquista, sobre las de transigencia, paz y fomento de los intereses económicos.

Parece mentira que el convencimiento de la propia fuerza perturbe de tal modo á los individuos y á las naciones que haga olvidar los más rudimentarios postulados de la ética social. Todos esos Estados europeos que asombran por su poder intelectual y productivo, dan extrañas muestras de regresión cuando más falta suelen hacer al mundo, ejemplos elocuentes de lo que puede la inteligencia puesta al servicio del bien universal.

Un equivocado patriotismo sirve de base á la educación de las masas en los Estados poderosos, y en libros de texto, cantos populares y aún en las costumbres públicas se refleja el afán de que los ciudadanos formen

concepto de la superioridad de su pueblo, de la enorme fuerza que representa y de que los destinos del mundo dependen de su nación respectiva. Ni más ni menos que lo que pensábamos los españoles en los siglos XV y XVI.

Pero entonces no dañábamos á nadie sino á nosotros mismos, porque no repercutían como ahora en las cancillerías europeas los latidos de las demás naciones; mas en la época presente, con los sufragios de un Estado tan poderoso como la gran República Norte-Americana en pro de los sueños de gloria, corren peligro, no sólo la paz universal sino la libertad de los pueblos.

La victoria del antiguo jefe de los *rough riders* puede retardar por varios motivos la intervención pacífica de las potencias en la guerra del extremo Oriente y servir de recelo á esas nobles repúblicas del Centro y Sur de América, destinadas á perder su independencia más ó menos pronto.

Francia, Inglaterra y Alemania ven el triunfo de la política imperialista, y sin perjuicio de continuar entre sí la gran guerra comercial, aumentarán sus presupuestos de Guerra y Marina en algunas millonadas para *garantir la paz del mundo*.

EDUARDO L. CHAVARRI

EL RITMO EN EL TEATRO

In principio erat numerus, en un principio existía el ritmo; así decía el célebre *capellmeister* Hans Bülow recordando las palabras bíblicas.

El pensamiento de Bülow es ingenioso y profundo. El ritmo es la vida, es lo que *existe*, lo que se diferencia. Cuanto menos ritmo tienen las cosas, más inanimadas: las piedras no se mueven; menos se mueve el cadáver.

Pues bien: en arte, el ritmo, como en todo, es lo esencial; el principio generador de toda obra poética, de toda impresión musical, de todo dibujo, de todo plano.

Y cuando vemos por esos mundos parodias

de arte que nos producen un efecto de repulsión ó de incomprensión sin que sepamos averiguar la causa... no hay duda, es el ritmo el que falta ó el que está mal interpretado.

Vida=ritmo. Y al decir ritmo, decimos desigualdad, diferenciación. ¡Como que en eso precisamente consiste la existencia del arte, y la de nosotros mismos, y la del mundo entero!

La igualdad, *aún en el movimiento*, no representa la vida, sino la monotonía. La igualdad isocrona es artificial, mecánica. El *tic-tac* del reloj no es el tiempo, sino su parodia; el ruido de los émbolos en la locomotora, no es el sentimiento. El ritmo es desigualdad, y por eso ni los días son iguales, ni los movimientos de los astros tampoco, ni nuestra respiración bate otro compás que el 3 por 4, ni los latidos del corazón duran lo mismo.

¿Comprendes lector ahora, como no es vida, como no es *verdad* mucho de eso que deslumbra al pronto con apariencias de tal? Esa ordenación íntima de todos los elementos vivos de una representación dramática, ¿cuántas veces la hemos realizado en la escena? ¡Poquísimo!

*
* *

Porque el ritmo en el teatro es también (¿cómo no había de serlo?) el elemento vital, espiritual de la obra artística.

Y antes de pasar adelante, bueno será advertir aquí que mi punto de vista es el de la representación escénica. Los ejemplos que presentaré al ir escribiendo estas impresiones los debo restringir mucho; quisiera que fueran conocidos de todos para que el lector se diera cuenta de mis observaciones; me limitaré, pues, á lo que he visto en Valencia, ya que la REVISTA DE LEVANTE concede mucha atención á las cosas de la capital.

Los cómicos, aún los buenos, no tienen del ritmo una verdadera noción. Apenas si entre el cúmulo de rutinas en que viven y se han formado poseen allá en el fondo de su instinto un ligero sentimiento de proporciones. Ritmo, para la mayor parte, es... el compás. En esto

se parecen á los músicos; á los músicos malos, por supuesto.

Y suele suceder que el ritmo lo toman como sonsonete, como martilleo para decir versos, y no aciertan á comprender que, en la totalidad de la obra, existe algo más interior, más esencial que el traqueteo externo, y en lo cual estriba el verdadero ritmo.

Los grandes artistas son los que poseen este sentido rítmico de modo que sorprende.

Recuérdese, por ejemplo, el arte incomparable de Italia Vitaliani. La perfecta coincidencia de las líneas generales de la acción dramática con el acento de su voz, con las inflexiones de su hablar; correspondencia indisoluble entre el gesto y la acción, entre los momentos *luminosos* de la conciencia del personaje y su *clara* representación externa; el modo como se reconcentraba toda la potencia dramática en una mirada ó en una actitud, cuando el poder del drama crecía en intensidad «hacia adentro», todo ello daba una impresión de plenitud de vida verdaderamente maravillosa. No era estudio sólo, ni era *habilidad*: era la vida misma.

Recuerdo, entre otras, una escena de *Hedda Gabler*. Este vigoroso drama ofrece rincones sombríos de conciencia, fondos humanos tenebrosos como esos rincones oscuros de los lagos, en donde bajo aguas tranquilas y en la quietud de las plantas acuáticas, viven seres que estremecen. *Hedda Gabler* es el espíritu de la mujer como fatalidad: implacable, terrible, grande. Hay una escena en donde uno de los personajes del drama, la amiga de Hedda, siente no sé qué misterioso terror, una angustia que oprime su alma, presintiendo peligros futuros, entreviendo el destino que los acontecimientos han de traer: es el ambiente de fatalidad que á todos nos ha rodeado alguna vez en la vida. En aquel momento, Hedda se vá acercando á la joven en cuestión, dándonos la impresión de que el mal está allí, de que es la hermosa y terrible Hedda. Pues bien: la Vitaliani daba con su sentimiento del ritmo tal vida á estos momentos, que por todos los espectadores corría como una sacudida eléctrica el estremecimiento del terror. La Vita-

liani (*Hedda Gabler*) se iba acercando lentamente, con naturalidad, contemplando á aquella joven que de espaldas á ella estaba, contemplándola como interrogando á lo desconocido: Hedda siente que allí también hay un peligro, que aquella muchacha le podrá arrebatarse el cariño de su amante; y el gesto, los pasos de la artista iban siendo cada vez más contenidos, al mismo tiempo que sus ojos iban adquiriendo un brillo extraordinario, una firmeza implacable; todo el misterio estaba allí, en aquellos ojos más negros que la noche y que la misma maldad.

Y hé ahí cómo el ritmo verdadero, sin sonsonete de palabra ni afectación de eso que llaman *tener tablas*, producía una convicción de grandeza extraordinaria, única, imborrable.

Aquí, la artista realizaba el ritmo completo: el silencio combinado con la palabra, el gesto alternando con la postura estética, todo ello según el verdadero sentimiento.

¡El ritmo de los silencios! Es elocuente, es acaso el más importante de la existencia y el que mejor sirve para hacernos sentir la impresión de realidad en el teatro. En su admirable artículo *El silencio*, ha hecho sentir Mæterlinck este poder del ritmo. El silencio *pasivo* es reflejo del sueño, de la muerte, de la no existencia. Pero hay un silencio *activo*; mientras el silencio que duerme está aletargado, «es menos de temer que la palabra; pero una circunstancia inesperada puede despertarle de pronto, y entonces su hermano, el gran silencio activo, se presenta denunciándolo todo». ¿Comprendéis esto? Pues ni los cómicos al uso, ni los públicos, ni los periodistas, suelen darse cuenta de que exista. El mismo Mæterlinck nos muestra con poética visión de artista el poder del ritmo interior en el diálogo de las grandes obras dramáticas. Efectivamente, hay en ellas dos diálogos: uno *el útil* directamente á la acción, el *explicativo*; otro, el que parece supérfluo. Pues en este último precisamente consiste el alma de la obra; las palabras, al parecer, innecesarias para explicar el drama, son, en los grandes poetas, la esencia de su obra; por ellas se asoma el espíritu del poeta á las puertas de lo infinito.

Y el artista que sea digno de tal nombre, sabe apoderarse de este doble diálogo y nos hace ver la grandeza de la vida del sentimiento. Eso hacía la Vitaliani en la escena arriba mencionada y en todas las que interpreta. El diálogo *explicativo*, el que viene á ser trama externa del tejido de la obra, lo hacía ver la artista con clara fijeza; el otro, las exclamaciones, las palabras que no tienen significación precisa pero que son gritos del alma, y sobre todo, los silencios, servían á la genial actriz para hacernos ver el fondo humano de la obra con sus contrastes y alternativas, con sus pulsaciones de sentimiento, con su ritmo, en fin.

Modelo de incomprensión de este ritmo es lo que ocurre en ciertos momentos de los dramas de Wagner, pisoteados impunemente por los cantantes (para la inmensa mayoría de estos, como para los otros, el ritmo es *el compás*), con la plácida complicidad inocente de espectadores y críticos.

¿Queréis un ejemplo? Es muy fácil recordarlo: todo el mundo conoce el *Lohengrin* de Wagner, ó por mejor decir, el *Lohengrin* que se representa en Valencia, cosa á la verdad muy diferente de lo que imaginara el autor.

Pues bien: consideremos una escena capital de la obra, un momento decisivo de la acción dramática, y se verá cómo el sentido del ritmo falta por completo á los intérpretes ordinarios, y cómo se desfigura el gran pensamiento del poeta músico. Sea el momento de referencia el final del primer cuadro del acto tercero (en las representaciones de por aquí el final del tercer acto); *Lohengrin* había dejado su misterioso retiro de Monsalvato para venir á los humanos: el ensueño había bajado á la realidad, pero ésta se encarga de desvanecerlo y vuela otra vez á la desconocida región de donde vino. Tal es el pensamiento íntimo del drama. La situación de Elsa y Lohengrin no puede ser más humanamente trágica: por amor pecó Elsa y le pidió al esposo su nombre, es decir, por amor á Lohengrin, por *temor de perderle* (este *temor*, esta duda metida en el alma de la inocente niña, es la obra de Ortruda... la realidad), deja

de tener la completa y absoluta confianza en él. Todo el mundo de felicidad entrevista se ha venido de pronto al suelo: cuando las manos anhelantes iban á cojer la dicha ideal, ésta se escapa, dejando al espíritu en espantosa tristeza. Los momentos son solemnes: Lohengrin se encuentra otra vez sólo en el mundo, debe renunciar á aquel mundo al que se acercó tan confiado, tan animoso, tan enamorado, y debe partir otra vez hacia el inaccesible Monasterio. ¿No es esto un hermoso símbolo del dolor que eternamente rodea á los tristes del valle de lágrimas?

Ahora bien, el sentido rítmico aparece bien marcado para que sean presentadas estas escenas en su verdad imponente. A las aceleraciones de la escena de amor sucede el estupor de la tragedia; es el momento del gran silencio, uno de esos momentos decisivos en la existencia de los hombres.—«Lohengrin ve que ha de descubrir el secreto, decir quién es, y que la orden del Graal á que pertenece le obliga á volver al templo una vez sea su persona conocida. Ha de abandonar pues á Elsa, á su amor.» Y se aleja silencioso con todo el peso de su dolor en el alma, sólo, con la impresión triste de la desgracia cuando se junta con la soledad. Se comprende, pues, que este momento viene á ser casi una suspensión de actividades; que es el contraste necesario con la exaltación pasada; el tiempo débil y el tiempo fuerte, la *protasis* y la *apodosis*, que diría D. Hermógenes. Y si los artistas tienen ese sentido del ritmo, claro es que su *manera de hacer escénica* sólo ha de tender á expresar el anonadamiento, la soledad infinita, lo trágico, en fin, de tan tremenda desdicha.

¿Qué podrían decirse ya Elsa y Lohengrin?

Pues en vez de esto, para preparar *un efecto y que caiga bien el telón* (en realidad, para disimular la incapacidad de expresar la tragedia los cómicos, y... de apreciarla los de fuera), se suele preparar aquí una pequeña escena mímica que rompe el contraste rítmico y lleva unos movimientos extemporáneos allí donde solo se debía percibir el pasar del tiempo pesando sobre la desgracia humana. Sí, los

cantantes arreglan aquí, en combinación con el público, *un finalito* muy adecuado: Elsa se vuelve á suplicar varias veces á Lohengrin no sabemos qué, algo así como que no haga caso de lo dicho; en fin, que por ella no ha pasado la tragedia, y Lohengrin la señala la puerta con airado gesto. (El caballero del cisne se pasa toda la ópera, sobre todo en los finales, señalando á todo el mundo el camino para que se vaya), como si se tratara de un papá que envía al chico á la cama porque no ha sabido la lección y no quiere perdonarle hasta que la sepa bien de memoria.

Y hé ahí cómo la falta del sentido del ritmo lleva á todos, cantantes, espectadores, críticos y músicos, á rebajar las figuras de Wagner, convirtiéndolas en fantoches ridículos por los que no pasan las tempestades humanas.

¡Parodia infeliz!

*
* *

En esto del ritmo teatral puede observarse que es de peor efecto el pecar por carta de más que por carta de menos.

Y es que lo monstruoso es lo más antinatural. La debilitación de movimientos, la falta de energía, puede llegar naturalmente hasta el fin de la vida; morir es cosa natural, y á ello estamos resignados; pero la exaltación anormal produce la peor de las sensaciones. Puede haber poesía en la languidez de una muchacha anémica, á quien apenas late el pulso; pero nos desasosiega el desarreglo de un cardíaco y nos horroriza la violencia de un epiléptico.

Así es que cuando *no se llega* á interpretar completamente el ritmo (lo que equivale á decir, á interpretar en toda su verdad la vida), no es tan mala la impresión como cuando este ritmo se realiza á contrasentido; entonces el efecto de vacío, de nulidad, es notable.

Así vemos á muchos artistas sorprenderse cuando creen haber trabajado con fé, esforzándose, desgañitándose..., y ven que no consiguen el efecto apetecido.

Lo contrario suele ser más frecuente; el gran artista, interpretando á maravilla los

grandes contrastes interiores y exteriores de las obras dramáticas; y el público, permaneciendo desorientado, cuando no hostil, al ver que no le daban el ritmo exterior, el traque-teo de momento, la sacudida nerviosa puramente mecánica que le haga salir de su sensibilidad embotada por la pereza. Los *latigui-llos* á que recurren tanto nuestros actores, son el mejor ejemplo de lo que digo.

Es que nada tan falto *de vida* como la falsedad de ritmo. Cuando éste no existe, la representación dramática se convierte en una sucesión de momentos incoherentes, que *no se sostienen* y caen flácidamente al suelo como un globo deshinchado que no puede subir porque se le escapó el hidrógeno. Lo malo es que abundan los que creen... que los globos se han hecho para deshincharse.

No hace muchos días ví unas representaciones de *La fierecilla domada* de Shakespear y de *La niña boba* de nuestro Lope. Las representaba la compañía de Carmen Cobeña. Traductores y refundidores habían quitado no poco de aquellas palabras al parecer superfluas y que es en donde está el espíritu de los personajes, según Mæterlinck. Sin embargo, cuando el instinto de algún artista daba á los que habían pedido el acento rítmico que correspondía, era de ver la luz esplendorosa que se derramaba sobre toda la representación. En la Cobeña se veía esto con bastante frecuencia; el temperamento de la artista hace que de un modo natural, sin que ella se dé bien cuenta del hecho, este ritmo interior de las obras humorísticas aparezca á veces justamente interpretado. En cambio, ¡qué de contrasentido otras veces!

Así, pude ver que la falta de ritmo en la entonación era general; de ello no se libraba casi nadie. Un artista cogía un sonsonete en *la bemol*, por ejemplo, y ahí se estaba toda la noche llorando, riendo, preguntando, afirmando, todo en el eterno *la bemol*. Y dígame V. á este apreciable diapasón que no tenía ritmo; hasta creerá que es V. un mentecato.

A la misma actriz citada le ví errores de esta clase, y en momentos en que, según se decía, estaba incomparable. Sirvan de ejemplo

el final segundo de *La de San Quintín*, obra en donde la Sra. Cobeña encuentra buenos momentos de emoción teatral. Pues allí, con el mismo acento, con iguales esfuerzos de entonación y de prosodia, hacía la actriz preguntas cuya significación dramática era totalmente distinta. Algo así como lo hace Meyerbeer muy á menudo, por ejemplo, en el gran dúo del 4.º acto de *Los Hugonotes*: la misma frase musical, el mismo color de la orquesta, sirven para las palabras:

ah,... l'ora é, con la morte svanisce l'avvenir!
ah!... dillo ancor tu m'amí!

ó mejor, en el original:

Toi mon seul bien, toi mon ido'e!
Ce sont mes frères qu'on immole!

Y

Tu l'as dit, oui, tu m'aimes!
C'est la mort, voici l'heure!

*
 * *

Naturalmente, cuando nace el hábito de una cosa mala, acaba ésta por no parecer tan mala. La falta de energías para pensar alto y sentir bien, trae consigo la superficialidad de la vida, la atrofia del sentido rítmico.

Así como en un organismo enfermo es normal lo anormal, así en la sociedad.

Nacen, pues, curiosas anomalías artísticas en las gentes dominadas por la pereza de espíritu (cansancio ó degeneración, ¿quién sabe?). El ritmo se disloca, se pierde la percepción de las grandes líneas, se achican las perspectivas y nace una puerilidad y una pequeñez en todo verdaderamente cómica... y triste.

Esta pérdida del ritmo es manifiesta. Se deja de vivir por sí, de acomodarse al ritmo de la existencia universal, para seguir únicamente un ritmo mecánico, artificial, rutinario; el hombre deja de serlo para convertirse en una máquina de sensaciones.

Y en el teatro no quiere ver los grandes móviles humanos, quiere la anécdota, la gaceta; y la gaceta lo invade todo: argumentos, formas escénicas, aspiraciones de escritores, críticas. Hoy usamos el mismo ritmo,

igual cadencia y la misma «amplitud de ondulaciones» (que volvería á decir D. Hermógenes) para expresar las emocionantes creaciones de una Vitaliani que para alabar al señor Calvo (hijo); y más energía se despliega en ensalzar las desdichadas gárgaras de la Fulánez en *El puñao de rosas*, y en señalar los defectos (!!) de Perengánez en *Los niños llorones*, que en hacernos ver la infinita vida de un Novelli en *Hamlet*.

¡Ritmo gacetillesco, que es toda una enseñanza y un estado de cosas muy superior al del bienaventurado héroe de la abadía de Pampérigouste!

A. GONZÁLEZ BLANCO

MIS POETAS

En el sepulcro de una bella

(De Claudiano)

Las leyes de las Parcas
 diuturnidad á la belleza niegan:
 lo grande y lo sublime
 vienen, súbito, á tierra.

De Venus Afrodita viva imagen
 aquí yace una bella:
 su frío, como la envidia,
 la admiración egregia.

*
 * *

A la venida de la primavera

(De Horacio)

Huye el invierno crudo
 con la agradable vuelta
 del plácido Favonio
 que acompaña á la dulce primavera.
 Las máquinas arrastran
 en las playas, al sol, las quillas secas;
 ya el ganado no brinca en los establos
 ni el labrador al fuego se calienta;
 ni con la escarcha nívea
 ya los prados albean.
 Mientras la luna se alza
 preside el coro Venus Citerea:
 las Ninfas y las Gracias;
 entrelazando el pié, baten la tierra,

en tanto que las fraguas de los cíclopes
el ardiente Vulcano atiza y quema.
Con verde mirto ó con silvestres flores
tiempo es de coronar la frente tersa:
y en los umbrosos bosques á los faunos
presentar las ofrendas,
ya la cordera pidan
ó el cabrito prefieran.
Con igual pie traspone
la muerte macilenta
las chozas de los pobres
que las mansiones regias.
¡Oh! Sexto, el breve curso de la vida
grande esperanza conservar nos veda.
Ya te acosan los Manes de la fábula,
la triste noche eterna,
y los palacios de Plutón sombríos,
donde, una vez que entras,
no ha de tocarte en suerte
en los festines presidir la mesa.

CARMELO CALVO

MICALET

(Continuación)

IV

Apenas me doy cuenta de todos los sucesos que se desarrollaron en aquellos días. Casi como un sueño recuerdo que me llevaron á la cama y que mi madre, triste, desconsolada, gimoteando, encomendándose á todos los santos del cielo, iba de la cama del tío Miguel á la mía propinando remedios y queriendo atender á todos, sacando fuerzas de flaqueza. Después noté mucho movimiento, vi llorar y oí invocar el nombre de Dios; á continuación sentí murmullos, voces sofocadas, exclamaciones comprimidas, pisadas ligeras y... luego nada. La muerte había entrado en aquél caserón y en él había fijado su planta. Parecía mentira que aquella casa señorial, hecha de piedra y con sus torres que se erguían en el espacio, no hubiese podido contener la invasión de aquel enemigo desconocido que no encontraba obstáculos á su paso y destruía las

vidas, y con ellas aniquilaba un mundo de esperanzas y de ilusiones. Mis pocos años, el total desconocimiento que tenía de la enfermedad, la ignorancia en que vivía respecto á la mayor parte de las cosas más vulgares y que por lo tanto no preocupaban mi espíritu, debieron influir en que el ataque que yo sufrí fuese de menor intensidad que los sufridos por mis padres adoptivos, pues así se explica que mi cuerpo resistiese la terrible acometida de la epidemia, y el tío Miguel primero y después mi pobre madre murieran en contadas horas, según oí decir cuando me restablecí de dos ataques fulminantes. ¡Triste suerte la mía! Las dos personas que, sin ser mis padres, me quisieron como á un hijo, desaparecieron de la tierra como por encanto, y también como por encanto me encontré nuevamente instalado en el establecimiento de donde procedía.

Como V. podrá apreciar por mi físico actual, yo, á pesar de que siempre me he conservado sano, no he tenido nunca una naturaleza robusta y vigorosa; he sido siempre delgado, de mediana estatura, más pronto tímido que audaz, y cuando chico, se notaba en mi cuerpo falta de desarrollo y en mi alma pobreza de espíritu. Como mis padres no tenían habientes ni parientes, pues de tenerlos vivían en Valencia y no en la huerta, nadie quiso encargarse de mí, y medio convaleciente aún, como fardo molesto, me devolvieron á la casa de los que no tienen casa. Allí volví á tener la vida reglamentada. Los árboles que me daban sombra, los frutos que regalaban mi boca, las flores que embalsamaban el ambiente, los pájaros que recreaban mis ojos y mis oídos, todo aquel mundo nuevo que había despertado en mi alma ansias de libertad, deseos de vivir, propósitos de trabajar, se había derrumbado de improviso, y sólo quedaba un recuerdo vivo y lleno de color en un rincón de mi memoria. Los años que pasé en la huerta se borraron de pronto; sólo quedó subsistente mi nombre. Al volver á la casa de Beneficencia volvieron á llamarme Nicolás, no sólo porque era mi primer nombre en la partida de bautismo, sino porque es el que llevé y con el

que me nombraron algunos de los que me conocieron en mi niñez y muchas hermanas de la Caridad; pero á mí ya no me sonaba aquel nombre, y por más que lo repetían, yo no contestaba á nadie. Preguntáronme la causa de mi pertinaz silencio, y habiéndoles dicho que yo me llamaba Micalet y no Nicolás, aunque aquella salida de tono hizo al pronto reír, viendo que no renunciaba al nombre de mi padre, poco á poco fué abriéndose camino y acabó por imponerse lo que ellos consideraban una rareza y yo estimaba como un deber; nombre y deber que recibieron su consagración por la fuerza de la costumbre.

Recluido de nuevo en aquel establecimiento, ingresé en el taller de carpinteros, no recuerdo si por orden del director ó por deseos que espresé en cierta ocasión hablando con las monjas. Y allí aprendí el oficio y allí me hice hombre. Gracias á mi condición sencilla, á mi buen comportamiento y á que era útil en la casa, se me toleró más tiempo del que consiente el reglamento de Beneficencia, y en este estado llegó la quinta en que debía correr mi suerte. Si le dijese á V. que aquel momento, para mí supremo de mi vida, lo miré con indiferencia, faltaría á la verdad.

Hacia ya algún tiempo que pensaba en las eventualidades del sorteo, y unas veces me alegraba la idea de caer soldado y otras me entristecía. ¿Sería un bien para mí? ¿Sería una desgracia?

V

El día del sorteo llegó.

Al marchar los dos niños de la casa designados para sacar las bolas en el Ayuntamiento, las hermanas, los chicos, todos les decían: «A ver si sacáis un buen número á Micalet», y esto me conmovió de tal modo, que tuve que retirarme para que no se apercibiesen de que las lágrimas querían romper su cárcel y rodar por mis mejillas. Aquella manifestación de afecto me enterneció y me demostró que no estaba solo en el mundo; había quien se acordaba de mí y se interesaba por mi suerte. El porvenir ya no me pareció tan oscuro. Algo

se dibujaba en el horizonte que me sonreía. Desear nuestro bien ó provocar la compasión es hacer pública la simpatía que merecemos al que nos la manifiesta. Aquel día, al sentir por segunda vez lo que es el cariño desinteresado, pues la primera lo debí al santo afecto que me profesaron los que me recogieron y adoptaron, me acordé de esa madre que me arrojó al mundo y no volvió á acordarse del fruto de sus entrañas. Y me acordé porque al acercarme al Ayuntamiento vi las muestras de dolor y presencié las escenas conmovedoras que tenían lugar entre madres é hijos, al saber el número que había tocado en suerte á éstos últimos. Mi madre no estaba entre ellas, porque á haber estado, ¿no hubiese sentido el impulso natural de haber preguntado por su hijo? Siempre que en mi memoria se agitan esta clase de pensamientos, se me ocurre, para justificar su conducta, dar como un hecho que mi madre ha muerto. Y la verdad sea dicha, ¿con qué derecho acuso yo á mi madre? ¿Qué razones me mueven á acriminarla? ¿Mi egoísmo? ¿Mi vanidad? ¿Quién sabe si fué una mártir? ¿Quién me dice que no fué un dechado de virtudes? Si, como supongo, debe haber muerto, Dios ya la habrá juzgado y yo no debo tener más que palabras para bendecirla.

Y diciendo esto se santiguó y besó la cruz que formó con sus dedos.

Al ser medio día, me volví otra vez á la Beneficencia tranquilo y aconhortado. Aquellas observaciones que se me habían ocurrido y que eran verdaderamente cristianas, despejaron mi espíritu y dulcificaron mis ideas. Mi corazón pareció recibir un calmante y mi imaginación se me antojó que tomaba otro vuelo y mi pensamiento otro giro. Y decía para mí: Si caigo soldado, lo que para otro será una desgracia, será para mí una suerte. Mi entrada en filas me proporcionará una familia de que hoy carezco. El cuartel será mi hogar y mis compañeros de armas mis hermanos. El uniforme del soldado borra las faltas de los padres y dignifica al hombre. Las armas que empuña son la salvaguardia de la sociedad y la defensa de la nación. Nadie me preguntará de dónde vengo, porque saben que

voy por afición, por suerte ó voluntad propia, á ser defensor de la patria. Y así discurriendo, fui acelerando el paso; los brazos y las manos se me movían como respondiendo á las ideas que iban desfilando por mi cerebro y llegué al punto de que no me daba cuenta por dónde iba, absorto en mis pensamientos. Algo se debió notar en mi cara, bien por la expresión gozosa de mis ojos, bien por la alegría de mi semblante, porque al llegar al establecimiento, una de las hermanas, la primera que salió á mi encuentro, me dijo:

—Muy contento vienes, Micalet.

—Pues, es verdad, vengo contento.

—Entonces, nos han engañado.

—¿Por qué?

—Porque no hace mucho ha llegado un inspector y nos ha traído la mala noticia de que habías caído soldado. ¡Vaya con Dios el buen señor! No sé qué satisfacción se saca con divulgar lo que no es cierto.

—¡Que he caído soldado!

—Así lo ha dicho.

—Y será verdad.

—¿Pues que tú no lo sabes? Yo creí al verte entrar lleno de alegría, que la satisfacción que se revelaba en tu cara era mensajera de que te había favorecido la suerte.

—Y si es cierto lo que V. dice, no hay duda alguna que tengo motivos para estar contento.

—¡Estás loco!

—Nunca he estado tan cuerdo. Y en aquel instante, frescas aún las ideas que sin darme cuenta se habían apoderado de mi imaginación, se desató mi lengua y le espeté, no diré un discurso, porque eso es muy pretencioso, pero sí un turbión de palabras en las cuales se transparentaban mis pasadas tristezas y mis soñadas alegrías.

La hermana me oía con extrañeza y con ansiedad, pero sobre todo, cuando al dar fin á todas aquellas frases que salían de mi corazón, atropelladas y obedeciendo á sentimientos hasta entonces para mí desconocidos, dije: Y después de todo, mi buena hermana, más vale que vaya yo al servicio que un hijo de familia, porque mi lugar lo puede sustituir

cualquiera, y un hijo no hay quien lo sustituya en el corazón de una madre. No pudo contenerse y besándome las manos exclamó: ¡Dios te bendiga!

(Se concluirá.)

F. MUÑOZ DUEÑAS

LA SENDA DE

LA SULTANA

A espaldas de la población levántase una montaña, como flanqueadora de la Sierra Espadán, que á la izquierda destaca, sobre el sol poniente, sus cimas y fricachos en distinta perspectiva, con tonalidades verdosas, parduzcas ó azuladas. En la cumbre de esta montaña hay unas ruínas.

Hacia ellas me dirigí, repecho adelante; pero varió mi derrotero el hallazgo de cierta senda, labrada á pico en la roca para facilitar el montañés acceso. Seguí por ella hasta que desapareció borrada por un graderío de banales.

La agricultura, invadiendo el terreno, substituyó el pedregal por una tierra bermejona y recién cavada, encomiadora de las condiciones laboriosas del pueblo, pero que en cambio echaba á rodar mis lisonjeras esperanzas, esperanzas de turista poco aficionado á molestias inútiles.

—¿Cómo se llama este camino?—pregunté á un viejo que allí cerca machacaba esparto.

—La Senda de la Sultana.

—¡Bonito nombre! V., que es del pueblo, conocerá alguna tradición..., alguna historia de esta senda, añadió, pues al oír la palabra tradición me miró aquel hombre como si se le hablase en japonés.

—No sé, no sé...—dijo,—y volviendo á su trabajo, ni contestó á las gracias que le dí.

Subiendo, en línea recta, llegué al sitio propuesto.

—¡Bien mereció el trabajo la recompensa! ¡Es un magnífico panorama el que desde allí se distingue!

Una llanura, estriada en todas direcciones por acequias, rieles del ferrocarril, carreteras

y sendas, cruzando sus trazos distintos en color, rumbo y anchura; sin orden ni concierto, como vista de un kaleidoscopio, perfilanse campos y huertos verdigueando sus matices distintos, desde el ceniza de los olivos y el amarillento de la alfalfa, hasta el brillante de los viñedos y el opaco de los naranjos; grandes borrones de una tinta multicolor señalan pueblos y caseríos, diseminados con encantadora profusión, y en último término, ribeteando el llano sinuosamente y copiando el azul del cielo, ese piélago tan cantado como maldito, que alberga en su seno tantas lágrimas como suspiros plácidos han rizado su superficie; amigo á veces, otras enemigo de la humanidad; fundamento de nuestra vida y causa en ocasiones de la muerte; compuesto grandioso de maravillas y horrores, riquezas y miserias, monstruosos é inocentes seres; debilidad infantil en la quietud y potente pujanza cuando pretende, con titánico esfuerzo, hundir hasta su ignoto lecho de corales y perlas á quienes, mimoso antes, soportara con paciente voluptuosidad sobre sus ondas; el mar, el mar terso, apacible, sonriente, besando los piés de la tierra con delicadeza exquisita, mientras murmuraba endechas monótonas y lánguidas, como el «te adoro» incesante del paroxismo pasional.

¡Espléndido! ¡Sublime! Quisiera tener un cliché capaz de impresionar todo aquel primor cromático, luz del ambiente y plácido matiz, para reproducirlo en esta cuartilla; veríais como no exajero.

Largo tiempo estuve admirando el paisaje; luego principié á explorar las ruínas aquellas, resto de una civilización muerta. ¡Triste cosa es! Nacer, crecer, llegar al apogeo y morir luego; que así como en la vida humana, perdidas las funciones fisiológicas termina la existencia, sin la fuerza del ideal rezáganse poco á poco las sociedades, hasta quedar en último término; entonces son destruidas por la envolvente ola del egoísta Progreso y sus fragmentos sepultados en ipogeos tenebrosos, de donde no resurgen más; sólo sus creaciones perdurables, yuxtaponiéndose á creaciones anteriores, hacen crecer el pedestal donde descansa el trono de la Ciencia.

Créese oír allí el suspiro de la Poesía, privada de sus páginas más hermosas; la censura del sentimiento, para quienes, abusando de su fuerza, no fueron bastante nobles con el vencido; un grito de angustia, lanzando por aquella sencilla trabazón de piedras y argamasa que, al recordar su pretérito esplendor, lamenta su olvido presente; algo inexplicito, en fin, despertador de tristezas y alucinaciones.

Estaba cansado. Me senté al abrigo de un torreón á medio derruir.

El sol transpuso la cordillera cercana, sumiendo la montaña en luz crepuscular. A lo lejos, fuera de la proyección umbrosa, la brillantez del colorido hacía más triste aquel lánguido anticipo de la noche.

Sólo se percibía el ruido del mazo con que allá abajo machacaba esparto el hombre interrogado antes por mí.

Pasó algún tiempo. El crepúsculo tejía lentamente, con aromas y sombras, los engalanadores adornos de su madre la noche. Sobre las aguas tersas y riasas del mar, una estela de oro esbozaba el adiós del sol. Rítmicas notas de la naturaleza preludiaban sinfonía fantástica. Mi ánimo, subyugado por lo melancólico de la tarde, comenzó á vagar por las regiones del ensueño... Hasta el mismo mazo, enmudeciendo su constante y uniforme golpear, hizo más solemne y majestuoso el silencio.

Siempre ha causado en mi ánimo gran impresión la soledad en medio de la naturaleza; pero esta vez mi exaltación llegó al frenesí.

Obsesionado completamente, oía respiraciones anhelantes, roce de vestiduras, susurros lacrimosos y en el espacio llegué á ver vagas formas de brujas, incubos, murciélagos y buhos, agitándose con infernales contorsiones y describiendo rápidos vórtices, cuyo centro era yo.

Apoyada la frente en la palma de la mano, procuré coordinar ideas: no pude. Sonaron pasos, levanté la cabeza, el hombre del mazo estaba allí.

Pero su figura se había metamorfoseado por completo. La barba, sin afeitar antes poco más de una semana, llegábale al pecho ahora;

el pañuelo, anudado en la cabeza, convirtiéndose en turbante, y la camisa, sujeta por sucios zaragüelles, casi tocaba el suelo, adquiriendo forma de caftan, cubierto en parte por un ropón de mangas muy anchas.

—La paz sea contigo—dijo.

«¿Querías saber la historia de esa senda? Debo contártela, puesto que ahora eres mi huésped; este castillo es mío... Me llamo Sasaa y mis antepasados vinieron á España con Tarrík. Al eclipsarse las glorias de los omíades, finando el califato de Córdoba, mi padre, huyendo de las tropas de Almortada, vino á esta tierra, en donde gobernó largo tiempo, aliado al rey de Valencia, como nosotros de la familia de los admérides. Muerto mi padre, yo le sucedí. A poco el traidor Hiaya se apoderó del trono de la ciudad del Turia. Nuestras discordias atrajeron un capitán castellano, llamado Rodrigo y por nosotros el Cid, quien conquistó la ciudad y parte de su territorio. Venía con él un joven nombrado Alvar; llegó hasta aquí fatalmente; vió á mi hija, quedó prendado de ella...

El anciano detuvo un instante su relato; luego, emocionado, siguió hablando.

—«Estaba escrito... Se llamaba Fátima como la hija del Profeta. Si éste hubiera llegado á conocerla, una quinta mujer perfecta tendría el Korán. Era hermosa como el alba, dulce como un arrullo, ingénua como una infancia; de negros azulaban sus cabellos y destellaban sus ojos, su esbeltez competía con el junco y... no quiero seguir, cristiano, sábetelo que mi hija era un tesoro de perfecciones. ¡Si hubieses visto su morena cara, su alegre sonrisa, su elegante busto, su porte gallardo, toda ella, en fin, á mi Fátima! Hubiéraste vuelto loco de amor, y loco se volvió el cristiano Alvar.

—«¿Ves aquél hombre?—me dijo ella, un día señalándolo desde un ajimez de su habitación,—pues le amo y me ama.

—«Es un infiel,—contesté.

—«No importa, quiere ser mi esposo, le adoro.

»Y al decir estas palabras, sus ojos despedían más fulgores que tiene el sol del Sahara.

»Llamé al joven, ofreciéndole la mano de Fátima si renegaba de su ley. Aceptó, pero en aquel instante su propio escudero, de una puñalada le dejó muerto á nuestros piés.—Evité un perjurio, decía sereno, cuando su cabeza iba á rodar por el suelo.

»Mi hija perdió la razón. Hizo enterrar á su amado al pié de la montaña, en el mismo sitio en que por primera vez le había visto y todas las noches bajaba á llorar sobre su tumba...

«Mandé hacer la senda, para evitar se lastimasen los delicados piés de mi hija, y mientras fui del mundo nadie profanó con sus plantas la *Senda de la Sultana*.»

Calló Sasaa y maquinalmente miré al sitio donde estaba enterrado Alvar. Sólo hallé sombras: la noche había extendido su voluptuoso crespón tachonado de estrellas sobre la tierra.

Rodando casi hube de bajar hasta la senda.

Y apenas pude reponerme de tan violento descenso, ví acercarse leve sombra, perfilando poco á poco sus contornos, hasta moldear el cuerpo de una mujer hermosa como el alba, dulce como un arrullo, esbelta como el junco; de negros azulaban sus cabellos y destellaban sus ojos... era ella, Fátima. Me miró muy triste; sus labios dibujaron una sonrisa más triste aún...

Sentí piedad, luego amor, adoración... no sé. Cayendo de rodillas repetí con el vate árabe:

—¡Gloria á Dios, que crió la mujer!

El fantasma desapareció como desaparece la dicha, como se borra la ilusión.

Una mano cae sobre mi espalda volviéndome á la realidad: era un amigo.

—¿Qué hacías?

—No sé.

—Sueñas.

—Quizá.

Alucinación, fantasía, quimera, sueño, mentira, cuanto querais fué todo; pero aún mal digo el despertar.



EN EL TREN

Era imposible el entrar en el reservado de señoras. Venía lleno de hermanas de San Vicente de Paúl. ¡Todo un convento! Afortunadamente había en el «primera» de al lado un departamento completamente vacío y allí entraron Efigenia y su madre, con toda la impedimenta de bultos y paquetes que consigo traían. Atrancaron inmediatamente la portezuela por temor á helarse de una caricia brutal emanada del cierzo; Chinchilla en Diciembre dá pavor al más esforzado, y la madre y la hija, confortadas por el calorcillo del vagón, sentáronse una frente á otra sin hablar palabra, casi sin mirarse, hasta que el tren abandonó la estación desatando su velocidad de correo por las manchegas llanuras.

¡Sabe Dios las horas que pasarían hasta llegar á Madrid! Efigenia y su madre reclinaron las cabezas sobre el terciopelo rojo de los respaldos y se durmieron profundamente como si, en lugar de correr como rayos sobre aceRADOS raiLES, descansaran en las cómodas habitaciones de su murciano caserón. El terrible traqueteo que sufrían desde que salieron de la ciudad las había estenuado, llenando los cuerpos de vagos malestares y dolorcillos, de languideces y modorras que engendra el cansancio. Pasaron por muchas estaciones disfrutando de un sueño intermitente y dulce, oyendo vagas y lejanas la campana del andén y la cháchara de los que se apeaban ó subían. Un violento golpe despertó de pronto á Efigenia, que, entre sueños, veía la escueta y larga figura del tío Carlos que debía esperarlas en la estación de Madrid.

Las plataformas de Alcázar pasaban bajo las ruedas con atronadores y metálicos chirridos. Efigenia se espabiló completamente.

En la estación un ruido infernal, mezcla de gritos de los empleados, cantos de los vendedores ambulantes, rodar de vagonetas y voces de la multitud, ensordecía y mareaba; las luces de gas pasaban como fuegos fátuos, apiñábanse sombras en el andén... Hacía mu-

cho frío. La joven miró el reloj que señalaba las tres.

—Ahora es cuando entra alguno y nos fastidia, pensó.

En efecto: como si hubieran querido contestarle rechinó la portezuela, se abrió, y una ráfaga de viento frío atiró un momento á la morenita. Su madre siguió durmiendo como un plomo.

Un hombre de elevada estatura, envuelto en un largo abrigo de pieles, entró, atrancó la puerta, dejó sobre la rejilla un maletín negro y claveteado de níquel y se sentó algo alejado de las señoras. La escasa luz que proyectaba el farol velado por azul cortinilla no permitió á Efigenia distinguir las facciones del desconocido envueltas en sombra; sólo á merced de un rayo de luz que enviaba un reverbero del andén pudo entrever una mano fina, enguantada de gamuza gris, que aparecía entre los suavísimos pelos de la piel de la manga. El recién venido se puso en pié, trocó su sombrero por una elegante gorrilla inglesa y luego tocó resueltamente el resorte de la cortinilla del farol, con lo cual quedó de pronto el departamento inundado de luz.

Entonces pudo Efigenia contemplarle á su sabor. Era un joven moreno, de aguileño rostro y rizada barba, tipo árabe de ojos negrísimos y brillantes, esos ojos que enloquecen á la mujer y suelen amedrentar al hombre; por entre los broches del gabán entreabierto veíase un elegante traje de corte inglés y de color fino; sujetaba la corbata un rico alfiler de oro y gruesas perlas. Era un buen mozo, elegante nato y sin afecciones de mal gusto en el vestir. Al ver despierta á Efigenia la saludó gravemente con un ligero movimiento de cabeza y llevando la mano á la gorrilla. Luego se sentó correctísimamente.

Efigenia no pensó ya en dormir. El sueño huyó de sus ojos como por encanto y se sintió tan descansada como si tal cosa. Con esa exquisita percepción de las mujeres que, siendo vírgenes purísimas, sienten por instinto en todos sus actos la aproximación de los sexos para la que fueron creadas, comprendió que las había con alguien muy digno de fijar su

atención, y su juvenil castidad, incapaz de pensar en nada pecaminoso, comenzó á revolver en su cerebro un cúmulo de ideas agradables.

—¿Irás á Madrid? ¿Vivirás en la Corte? El viene de Andalucía, porque ha subido en Alcázar... ¡Y es muy guapo! Y debe ser muy gracioso, porque los andaluces... ¡Qué ojos tan bonitos tiene! Bajaré los míos, porque me ha mirado larga y fijamente. Dentro de un rato, de seguro que me pide permiso para fumar con ese dejillo tan salado de los de su tierra. ¿Será abogado? ¿Será médico? Lo sentiría. No me gustan los médicos. Siempre tocando suciedades. No. No debe ser médico. Puede que sea militar. Eso. De Estado Mayor. ¡Son tan elegantes todos ellos!

¡Jesús y qué poco caso me hace! Pues yo soy bastante bonita. Me lo han dicho muchas veces bailando, y si nó que lo digan Tomasito el de Lorca y mi primo Arturo que han estado enamoradísimos de mí y me pusieron en el album aquellas dos poesías que dice D. Melchor que son tan malas y cursis. ¡Él sí que es cursi! ¡Un catedrático de Psicología! Nada; no me hace caso. ¡El muy insípido!

Nuestro viajero había sacado del bolsillo un periódico, y despreciando la morena tez, los ojos oscuros y rasgados y el negró y rizado cabello de Efigenia se acercó al farol todo lo que pudo y se puso á leer con visible dificultad.

—Conoceré al menos si sus ideas son templadas ó fogosas. Papá dice que *La Época* y *La Correspondencia* son los periódicos de las personas decentes y que *El País* y *El Liberal* son para la gentuza. Aguardaré á que vuelva la hoja para leer el título. ¡Jesús María! *Le Gaulois*. ¿Qué apostamos á que es francés? ¡Valiente tipo! ¿Y por qué ha de ser francés? Será un joven ilustrado que hablará tres ó cuatro idiomas, por eso...

Amaneció cerca de Aranjuez y hasta entonces duró la lectura del periódico. El admirado mancebo miró á Efigenia tranquilamente, se arrellanó en el diván y después clavó los ojos brillantes y decidores en el seno y el talle de la gentil morena, quien se extreme-

ció al sentir todo el calor de aquella mirada.

—¡No me dirige la palabra! ¡Qué tímido es y qué soso! ¿Por qué me mira así para no echarme un miserable chicoleo? ¿Irás á Madrid?

Efigenia soltó de intento el manguito, que rodó á los pies del joven. Este se apresuró á recogerlo.

—Muchas gracias,—dijo ella con voz argentina.

Inclinación y silencio profundo.

Aquello era demasiado. Ella, que estaba muy segura de la belleza de sus pies, avanzó uno, calzado con zapatito amarillo y media fina roja-obscura.

Él miró el pie y se puso encarnado.

—Algo se adelanta,—pensó ella.

Media hora después, un lío de mantas amenazó desprenderse de la regilla sobre la cabeza de la joven.

El silencioso galán se puso en pie é impi-
dió el golpe, colocando de nuevo el lío.

—Gracias. No se moleste usted.

Sonrisa y silencio.

Llegaron á la célebre curva, desde la cual, y por los ventanillos, bajo un cielo agrisado, se descubre por la izquierda el inmenso panorama de la Corte con la pizarrosa cúpula de San Francisco el Grande y las agujas de los Consejos: entraron junto al cuartel de los Docks, echando chispas, á las siete de la mañana.

El Tío Carlos las recibió con muchos abrazos y besos, les preguntó mil cosas en un momento; si se habían cansado mucho, cómo quedaba su hermano, qué tal tiempo hacía en Murcia...

Bajó el desconocido, y, con gran asombro de Efigenia, saludó con el sombrero al tío de la joven, alejándose luego lentamente.

—Tío, tío; ¿Conoces á ese muchacho? ¿Quién es?—preguntó ansiosa.

—Un amigo de Pepe. De tu primo.

—Pues es un mal educado, tío; en todo el camino no nos ha dirigido la palabra.

El tío se echó á reir y añadió:

—Claro, hija.

—¿Por qué?

—Es sordo-mudo.



ANOTACIONES

ARTÍSTICAS.—

HOGARTH (1697

- 1764)

Fué el primer artista verdaderamente inglés, el creador de la escuela inglesa. Antes de él se conocía y cultivaba la pintura en Inglaterra; pero cuando se quería adornar ó decorar los comedores de los castillos, los salones de los palacios, las capillas de los templos, se llamaba á artistas extranjeros, como Holbein, como Rubens, como Van Dyck.

Hogarth fué, ante todo, un cínico del pincel. Sus obras rebosan una sátira despiadada, cruel, de una amargura brutal, grosera. Obligaba á reir á latigazos. La contemplación de sus cuadros hace daño, destruye optimismos morales, envenena las almas. Tiene un realismo demasiado repugnante, en el que se agitan triunfantes todos los vicios sociales, las mayores corrupciones, los instintos más deprimentes, las pasiones más vergonzosas, menos disculpables.

Gustaba de remover el cieno del ambiente en que vivía, y en él hallaba asunto para sus cuadros, que escogía recreándose en la maldad ajena con una voluptuosidad enfermiza. La vida privada fué siempre intachable; en ella jamás pudo clavar sus dientes la calumnia. Esta rara condición daba aún más valor y alcance á la burla.

Nunca amó los estudios académicos, prefería «estudiar del natural, que es la vía menos peligrosa para lograr la soñada perfección artística». Buscaba sus modelos en las tabernas y en los tugurios de las últimas capas sociales, como en las reuniones aristocráticas. Su ideal era el estudio de la fisonomía humana en todos los momentos pasionales, en todos los grados y matices.

La inmoralidad de la sociedad en que vivía proporcionábale materiales sin cuento, que él, infatigable, iba seleccionando hasta lograr componer aquellas famosas series de cuadros,

aún no superadas por nadie en intención, en ironía profunda y descorazonante.

Desdeñaba todo lo que no llevase en sí una idea moralizadora, un propósito de satirizar los errores humanos. Nunca fué artista en el verdadero sentido de la palabra, era un moralista, un predicador, que en vez de la palabra empleaba el pincel para convencer. Si hubiera sentido el arte, la suprema belleza, no hubiera descuidado, como lo hizo, el ambiente, el dibujo, el color; no pensaba sino en moralizar zahiriendo, inflexible, severo, refinado.

En todos sus cuadros vive siempre el mismo espíritu, condensado en detalles de una enorme fuerza cómica. Para lograr su propósito copiaba lo más fielmente que le era posible y obtenía resultados prodigiosos en lo relativo á la mímica. No puede pedirseles más propiedad á las actitudes de los personajes de sus cuadros. No limitaba á éstos sus propósitos de corrección, sino que para mayor escarnio de los pervertidos, les retrataba fielmente. Numerosos señores contemporáneos de Hogarth han pasado á la Historia, expuestos á la vergüenza pública por el pincel irrepetuoso del pintor inglés.

En uno de los cuadros de la serie «Un matrimonio á la moda», mientras muere la condesa, su padre la vá quitando cuidadosamente las sortijas. No puede pensarse nada más bajo é innoble que la cara de aquel hombre, cuya avaricia se refleja con una intensidad dolorosa en su vieja faz de rufián; era el procedimiento seguido siempre por Hogarth. Contando detalles de este género, hablados en sus obras, podría llenarse un número de la REVISTA.

Ni aún cuando quería hacer pintura seria, de ideales, lograba despojarse de la nota cómica. En su cuadro *Dánae*, en el que intentó copiar sin éxito á los grandes maestros del Norte, hay una anciana nodriza que, con una desconfianza sumamente graciosa pintada en el rostro, muerde la moneda de oro que acaba de recibir.

Aunque poco, también escribió. Su obra más notable fué un conato de Tratado de Estética, titulado *Análisis de la belleza*.

En Inglaterra se le tiene por un gran artista, pero los críticos extranjeros oponen á tales afirmaciones numerosos y, á mi parecer, bien fundados reparos.

JOSÉ M.^a DE LA TORRE

LA SALA DE ARMAS

Es la noche, la estancia duerme sombría;
la envuelven, de negrura flotantes olas;
baña tan sólo un rayo de luna fría
las viejas armaduras tristes y solas.

Brillan los capacetes y las banderas,
despidiendo sus hierros extrañas luces.
El negruzco pedrero de las galeras
descansa entre mosquetes y entre arcabuces.

La lanza de tres garfios del lasquenete,
los petos, partesanas y borgoñonas,
los cañones bruñidos del pistolete,
la cazoleta hueca de las tizonas.

Dagas filigranadas, de gavilanes
que en Milán repujaron sus ténues rizos,
el supremo recurso de los galanes
que andaban á estocadas por los callizos.

Las mazas que blandieron los paladines,
y á sus choques hallaron corazas rotas,
penden acariciando los espadines
que oyeron los minuetos y las gavotas.

Las mallas se concentran en sus anillos,
cual reptiles ya muertos y silenciosos
que arañaran la piedra de los castillos
en asaltos nocturnos y tenebrosos.

Cantan allí sus luchas encarnizadas,
con estrofa de hierro que el muro roza,
el mandoble gigante de las Cruzadas
junto al fusil de chispa de Zaragoza.

Y, en tanto, por los bosques de la llanura
se estremecen los pinos y los nogales,

y el ave de las sombras y la negrura
picotea en almenas y ventanales...

¡Esqueleto glorioso de acero fuerte,
por el orín del tiempo medio mascado!
¡Corteza del humano que pide muerte!
¡Disfraces con que el odio vistió el pasado!

¡Ambiciones, bravuras, temeridades,
amores atizados por las bellezas,
destrucción de bastiones y de ciudades,
amalgamas de besos y de proezas!

¡Torneos en que lanzas cayeron rotas
ante las plumas verdes de las celadas,
pendones que ganaron tierras ignotas,
medias-lunas que fueron pisoteadas!

¡Casacones, pelucas, medias de seda,
labios rojos que sellan la tibia mano,
espadín de tres filos que el raso enreda
entre las blancas blondas del cortesano!

¡Un mundo de epopeyas desaparecidas!
¡Mezcla vaga y horrible de sangre y flores,
allí, entre las pinturas desvanecidas
de los negros retratos de mis mayores!

¡Ay! ¡En justo castigo de tanto dolo,
de luchas tan horrendas ó tan banales,
todo el himno de muerte vegeta sólo
con tibia luz velada por los cristales!

Y es que todo el poema de tanta gloria
tiene luego, en sus hijos, terribles jueces...
y el corazón maldice la noble Historia,
¡mezcla vil de maldades y de vejeces!

MARTÍN ORTEGA

NOTAS MÉDICAS

La decadencia estética

Salvo rarisimas excepciones, generalizando un poco atrevidamente, puede decirse que actualmente no existen verdaderas bellezas. Los tipos de belleza que hoy se admiran y

adoran no merecen la pleitesía y homenaje que se los rinde; son patológicos, enfermizos, anormales, incapaces casi en absoluto de ser utilizados por los artistas para sus creaciones. El estudio del desnudo cada vez va siendo más difícil.

La moda absurda, ilógica, despiadada, dominadora, imponiendo trabas y torturas al natural desarrollo del cuerpo humano, de tal modo trastoca, deforma y altera líneas y proporciones, que nuestras mujeres, aún las más hermosas, sólo risa pueden inspirar al ser comparadas con las mujeres de la estatuaría griega.

Los escultores se ven obligados á recurrir á cánones ó arbitrarias reglas de proporción, que no pueden bastar por sí solas para producir esa belleza plástica, armónica, augusta, serena, inmutable de los artistas griegos. Sófocles, danzando desnudo despues de la victoria de Salamina, no podría ser imitado en nuestra época por ningún sabio ó literato sin exponerse al más grosero ridículo. En los antiguos, todos los músculos eran cuidados, fortalecidos por igual; ahora, no existiendo perfecto equilibrio entre las diversas partes del cuerpo humano, la falta de desarrollo muscular ha engendrado el tipo abdominal de hombros caídos y dirigidos hacia adelante, pecho aplastado, espalda encorvada y vientre prominente, tan en oposición con el tipo torácico de los egipcios, en que el antebrazo, hoy delgado, y los homoplatos, ahora caídos, flacos, se armonizaban estéticamente con las caderas y los muslos.

Existen multitud de poderosas razones para que este cambio tan radical haya tenido lugar.

Recién nacidos se nos envuelve, irrazonablemente, en pañales y mantillas, impidiéndonos todo movimiento, obligándonos á mantener las más perturbadoras posiciones, haciendo actuar con distinta intensidad y pésimamente repartidas las presiones de los vestidos. Luego, en pleno crecimiento, se nos rodea de corsés, cinturones y trajes ceñidos, acostumbrándonos á apoyarnos en un pseudo-esqueleto exterior, sin intentar sostenernos por nosotros mismos (Demenj.)

Las actitudes viciosas en los bancos de las escuelas y ante las mesas de escritura nos estropean y deforman el raquis, haciendo enfermar los cuerpos vertebrales.

Los oficios y profesiones en que no juegan papel importante más que un corto número de grupos musculares, es otra de las causas del moderno antiesteticismo corporal. Así el trabajo en los bancos de los carpinteros produce un desarrollo excesivo de los músculos del hombro derecho y del pectoral mayor correspondiente, que dá como consecuencia una alteración de la columna vertebral, consistente en una desviación de concavidad derecha, más acentuada en la región dorsal. El tornero y el ajustador desarrollan el plano de flexión, mientras los remeros y las mujeres que acarrear pesos en la cabeza poseen mucho más vigoroso y potente el plano de extensión.

No sólo en pleno trabajo, sino también durante el descanso han de observarse cuidadosamente ciertas reglas de higiene si se quiere prever anormalidades en la disposición de las piezas raquídeas.

Al sentarse, el cuerpo debe reposar sobre las nalgas y los muslos, evitando cuidadosamente el exagerar las curvas vertebrales.

El empleo pernicioso, desgraciadamente muy extendido, de tacones altos en el calzado de paseo obliga á flexionar las rodillas y los muslos, orientando perjudicialmente la pelvis, aumentando exageradamente la curva dorsal, ya bastante acentuada por otras mil circunstancias.

El corsé estrecha la base de la caja torácica, comprimiendo los pulmones, el corazón, el hígado y el estómago. El hígado hállase dividido en parte por un surco profundo que interesa la vesícula biliar, el estómago se dilata, y parte de los pulmones, junto con las últimas costillas, quedan imposibilitados para la función respiratoria (Chapotot).

Los cinturones, rechazando las vísceras hacia la parte inferior del abdomen, aumentan la curva del vientre y obligan á marchar con el cuerpo dirigido hacia atrás, como la mujer embarazada ó un hombre que lleva un fardo delante de él.

Tales son las principales causas de que la esbeltez corporal vaya decayendo, separándonos cada vez más de los felices tiempos en que la hermosura física era coronada, porque era bella y digna de los dioses (Levêque).

EMILIO CATARINEU

PROBLEMAS PAL- PITANTES

I

Ninguno más hondo y más difícil de resolver que el problema económico, ninguno más necesitado de que todos lo estudien, de que todos contribuyan á resolverle con sus muchas ó pocas luces, porque ese problema es el problema del pan que falta, del vino que se pierde en las bodegas sin encontrar mercado, del dinero que se escapa de entre las manos huyendo al extranjero, del trabajo que escasea, de la remuneración deficiente, de la emigración que aumenta, de la sanidad que disminuye, de la mortalidad que crece, de la población que amengua, del crédito que se pierde, del hambre, en fin, que sin revoluciones ni partidos, ha conseguido asentar su trono en nuestro suelo y hacer vasallos suyos á los españoles, uncidos á su triste carro por las cadenas de la pereza, de la ignorancia y del fanatismo.

Por eso se dirigirán estos artículos á exponer en sus múltiples y complejos aspectos la decadencia de la producción nacional, causas á que obedece, medios de contenerla y combatirla y resortes que es preciso poner en juego para fomentar el trabajo, único y santo origen de riqueza legítima y ariete de la miseria.

Elementos naturales y necesarios para la producción, la materia, la fuerza y el trabajo, dedicaré mi primer artículo á analizarlos detenidamente, á investigar en qué formas se ofrecen y combinan dentro de nuestra actual sociedad y á estudiar las condiciones político-sociales que requieren, para dar un resultado útil, esos tres elementos y especialmente el último, que es el que se apropia y transforma

la materia, el que busca la fuerza fuera del organismo humano, poniéndola en acción, encauzando y dirigiendo la energía, redimiendo al hombre de todas sus esclavitudes, proporcionándole riqueza, ciencia, arte, poder y bienestar.

Entrando en el estudio referido, analizaré, con la extensión que el espacio me permita, nuestra producción en materia agrícola y pecuaria, haciendo de paso algunas ligeras consideraciones sobre las ventajas que nos proporciona la posición geográfica de nuestra Península.

No es posible anticipar aquí lo que ha de ser contenido de sucesivos artículos, pero para daros una idea de la triste situación á que nos ha llevado la pereza, anticiparé el dato de que de cincuenta millones de hectáreas que mide nuestro territorio, sólo están destinadas á cultivo 358.000, y de ellas un 17 por mil únicamente á regadío, quedando el resto improductivo y estéril, verdaderas tierras por conquistar, que en el centro de la Europa civilizada permanecen en triste infecundidad ó destinadas á cotos de caza, mientras miles de hombres desfallecen por falta de trabajo y de alimento suficiente.

Suiza, á pesar de ser un país montañoso, cultiva mayor proporción de su territorio que nosotros y mantiene sesenta y cuatro habitantes por kilómetro cuadrado; Francia, cuya superficie excede en poco de la nuestra, la cultiva de modo que con ella mantiene 40 millones de habitantes. Inglaterra, con cuatro veces menos superficie que España, sostiene 30 millones de habitantes; fijemos la atención en nuestra cosecha de cereales y podremos notar que este país, que algún tiempo fué conocido con el nombre de granero de Europa, hoy necesita importar los trigos de Rusia, de América, de Argelia, porque sus cosechas son insuficientes para el consumo, y como el alimento por excelencia es el pan y su carestía obliga al proletario á disminuir el consumo, de aquí la degeneración física de las clases trabajadoras y tras ella todo el cortejo triste de sus obligadas consecuencias, las enfermedades y la mortalidad, la disminución de

las energías del trabajador, la falta de potencia productora; y si esto ocurre con el pan, es más grave lo que sucede con la carne; la disminución de nuestra riqueza pecuaria es tan considerable, que ocupamos el penúltimo lugar entre todas las naciones civilizadas en el número de ganado de matadero; raro es el hogar del pobre en que puede entrar, ni aún por excepción un día á la semana, ese necesario alimento. Y como la riqueza es trabajo, y como el trabajo de todo sér animado depende del carbono, del ázoe, del ácido fosfórico que de antemano se asimila, natural es que la raza española vaya cayendo en un estado de inacción y de abatimiento, ya que se mantiene con el calducho de grelos en Galicia, con un pedazo de borona y un puñado de castañas en Asturias, con el gazpacho de agua y pan en Andalucía, con unos cuantos higos y una sardina ó algo de salazón en Alicante, con la infernal sémola y el rollo de centeno en Castellón, con unas cuantas frutas y unas migas hechas con sebo en Castilla, y para el jornalero es opiparo banquete, cuyo gasto solo se permite hacer en día excepcional la comida caliente, el guisado de carne.

El aumento de las subsistencias, el consiguiente equilibrio entre ellas y el trabajo, es necesario restablecerle mejorando la alimentación de las clases trabajadoras, dificultad no tan imposible de vencer metiendo en labor las dehesas y baldíos, facilitando con un sistema racional de cultivo intensivo el aumento de la producción y abaratando los transportes que permitan los cambios interiores entre las carnes del Noroeste y los caldos y granos del Centro y Mediodía, entre los vinos de Levante y los ganados de Galicia y de Asturias.

Otra materia de producción abandonada en en nuestro país es la riqueza minera que guarda su subsuelo. Nosotros, que seríamos dueños del mercado de azogue, vendimos á los judíos Rostchild por un plato de lentejas las minas de Almadén, á los ingleses las de Linares y Riotinto, que se llevan el plomo de aquellos lugares y el hierro de Bilbao, de León, de Galicia y de Almería, para devolvérselo des-

pues á precio exorbitante ya manufacturado en aplicaciones industriales. La calamina con que se elabora el zinc en Bélgica, el cobre de donde se extrae el ácido sulfúrico para abastecer las fábricas de productos químicos, la hulla que alimenta las máquinas y que con razón se ha calificado de pan de la industria, salen de las entrañas de nuestra tierra, explotadas por gentes extrañas, que se aprovechan de nuestra miseria física é intelectual para medrar.

Dije que el segundo elemento de producción es la fuerza; ¿qué lugar ocupamos los españoles en el mundo bajo el punto de vista del dominio de la fuerza? Triste es decirlo, pero hay que confesarlo á espensas del amor propio; en este punto se agravan nuestros pecados; no sólo la humanidad no tiene que agradecerarnos invención alguna de las que han transformado el mundo, sino que hemos dejado bastardear todas las razas de nuestros animales útiles, hemos presenciado impávidos cómo la fuerza de las aguas devasta el valle y la colina, dejándolas perder en los mares; utilizando para nuestra agricultura tan sólo las bestias de tiro y de carga; estamos en ese período de transición que corresponde del paso de la Edad Media á la Moderna sin que el arado de vapor, la trilladora mecánica, las segadoras y las guadañadoras, tan en uso en otras regiones de Europa, sean conocidas en la nuestra. Mulas flacas, jacos informes y mal desarrollados, bueyes y vacas tan desnutridos como sucios, atalajes remendados é inservibles, sistemas de labrar dignos de los celtíberos, malacates imperfectos, molinos primitivos, necesidad de enviar á la capital un tornillo, un coginete ó un émbolo porque en la localidad no hay quien forje, funda ó lime la más sencilla pieza, todo pregona, en general, imprevisión, ignorancia, pobreza y abandono, mientras que en otros pueblos los robustos animales de tiro, la abundancia de talleres, los aperos, instrumentos y máquinas con sus accesorios, los múltiples medios de reparación y conservación revelan que allí los hombres saben apreciar intuitivamente las ventajas de la fuerza y lo mucho que importa á su bienestar conservarlo.

Resulta, pues, que en España contamos con manantiales fecundos de fuerza mecánica, por más que no los hayamos aprovechado ni parezcamos dispuestos á aprovecharlos de una manera racional.

El trabajo manual entre nosotros se presenta como inferior al de otros pueblos por falta de la educación técnica necesaria; por ello disminuye en remuneración, colocando al obrero nacional en situación precaria y enriqueciendo al extranjero á costa de nuestro atraso. El jornal, que es el mejor barómetro para medir la actividad del mundo trabajador, nos demuestra que mientras en América oscila en un promedio de diez á veinticinco pesetas, en Inglaterra con un minimum de cinco y un maximum de veinte, en Alemania y Francia de cuatro á diez y seis, nosotros tenemos obreros que ganan una peseta diaria, siendo un jornal exorbitante el que excede de seis pesetas, sobre todo para el bracero agrícola que en algunas comarcas realiza verdaderos y asombrosos milagros para subsistir, á pesar de su extraordinaria sobriedad.

Es además nuestro trabajo desigual y poco fecundo, multiplicamos las fiestas, gastamos cuanto tenemos en lujo y vanidad; es casi desconocida entre los proletarios la virtud del ahorro, y después de talar el arbolado, de no recojer y utilizar las aguas, de desperdiciar los abonos, esperamos magníficas cosechas por la intervención de los santos que pasean por nuestros campos en rogativa para pedir al cielo agua, y si la cosecha no llega ó el abandono y la sequía dan sus naturales resultados, echamos la culpa al gobierno, pedimos que descienda un maná celestial que consuele nuestras amarguras ó nos vamos á distraerlas al circo taurino, admirando las gallardías del arrogante lidiador.

Así sólo tendremos haraganes de pueblo, políticos de aldea, usureros capitalistas, mendigos y secuestradores y *roders*; pero la raza de los productores volverá á decaer como cae la hoja del moral cuando devora la oruga lo que estaba destinado al gusano de seda.

Faltan también condiciones político-sociales para que el trabajo se desarrolle; están los

campos y las villas á merced de ladrones cuatreros, de gitanos afanadores, de golfos y de timadores, de truhanes y de petardistas, sin que una buena policía judicial destruya ese criminal parasitismo.

Pero es todavía mayor la inseguridad que al trabajo honrado y legítimo rodea por la falta de moral administrativa; son nuestras leyes financieras telas de araña que aprisionan las moscas, pero ineficaces para contener á los buitres, y no basta nuestra deventura con la inseguridad de los campos, la inmunidad de la estafa y el apadrinamiento del abandono, sino que por el continuo tejer y destejer de los gobiernos, la industria emprendida hoy al amparo de una ley parece mañana á manos de otra, como tal vez suceda con la industria vinícola y alcoholera por los nuevos preceptos por que ha de regirse.

La falta de seguridad arroja sobre la agricultura todos los tributos del Estado, la mantiene en un período rudimentario, la priva de innumerables industrias auxiliares y hace que el español que reúne algún capital se convierta en pólipo agarrado á las rentas del Estado sin decidirse á arriesgarlo en otras empresas.

No es hoy ya el oficio de trabajador oficio vil como lo fuera en algún tiempo, pero aunque se hable mucho de honrar el trabajo, los ejemplos siguen siendo pésimos y esa estimación aparente no brota de la conciencia, siendo por tanto hipócrita y mentida. El aventurero, el que vive del enredo y de la tramoya, el charlatan de oficio, el osado y cínico, esos sí que llegan á las alturas; pero el que se quema las cejas en su gabinete estudiando para lograr algún invento útil, el comerciante de buena fé, el industrial activo y laborioso, el obrero que roba las horas al descanso para educarse, allá quedan en el montón anónimo de los pobres de espíritu, de los apocados, de los tontos, y el fruto de su trabajo sirve de botín al fuerte de presa, al astuto, de juguete á la arbitrariedad y de hartura al vivo, sin que puedan romper el hielo de la indiferencia sus quejas, ni purificar la moral social los esfuerzos de unos cuantos hombres de buena volun-

tad, cuyas predicaciones desatiende la masa para seguir con interés la farsa que representan en el escenario político muchos juglares sin conciencia y un coro de ambiciosos, de vanidosos ó de cándidos.

Destinaré el segundo de mis artículos al trabajo extractivo, á la obtención de las primeras materias, relacionándolo con la canalización de los ríos, la construcción de pantanos grandes y chicos, presas y sifones, pozos ordinarios y pozos artesianos, todos cuantos medios hay para que el agua no se pierda y que debemos poner en práctica con el tesón de los holandeses en sus diques y la sagacidad de inteligencia de nuestros árabes en sus antiguas renombradas huertas.

El estudio de los abonos, no en su aspecto teórico y científico sino práctico y de aplicación, ha de requerir algunas indicaciones en sucesivos artículos, sobre todo para luchar por que no se pierdan las muchas cantidades de materia orgánica que hoy despreciamos, por que se recuperen las minas de fosfatos entregadas al extranjero, por que se subvenciene la fabricación de superfosfatos y otros abonos químicos, por que se proteja el crédito agrícola, se fomente el ahorro, se analicen los terrenos y los frutos, se intervenga en las compras y ventas de abonos y productos, se seleccionen las semillas y la raza animal, se creen industrias auxiliares de las que aconseja la zootécnia, se establezcan observatorios meteorológicos y campos de experimentación, etcétera.

Mis aficiones especiales harán que me detenga sobre los remedios que requieren la excesiva acumulación de la propiedad en algunas partes y la absurda división en otras y que recuerde lo mucho que ya tengo dicho y escrito sobre sindicatos agrícolas, asociación y crédito.

También trataré en próximos estudios del trabajo industrial, lo que es y lo que debe ser la industria en nuestra patria, y especialmente la industria mercantil, completamente transformada en los modernos tiempos en que los pueblos buscan por el cambio la salida de sus productos, en que se multiplican las vías de

comunicación, se facilitan los transportes, se abaratan las tarifas, se multiplican los canales, crece asombrosamente la Marina mercante y sirven de medios conductores á las transacciones todas las conquistas logradas por el progreso científico; cerrarán esta serie de artículos, uno dedicado al trabajo intelectual, á la enseñanza primaria, secundaria y superior, la dirección que debe darse á las actividades intelectuales de los adolescentes, la elección de profesiones, el equilibrio que debe existir entre todas ellas, los males provenientes de la desproporción entre el número de los que se dedican á unos y á otras, la cultura que requieren hasta los trabajos más humildes, el predominio que debe darse á la ciencia y al talento cultivado en la dirección político-social de los pueblos, serán fuentes á que acudiré para llenar con la modestia que me es posible este difícil cometido.

Habrà sin duda parecido difusa esta sencilla exposición de los temas que me propongo desarrollar en esta REVISTA, pero no es posible rodear de galanuras de forma tan áridas disquisiciones más que á los talentos superiores; tal vez habré marcado con exageración la nota pesimista, no faltará quién me achaque extranjerismo que no siento al verme ponderar las excelencias de ingleses y alemanes frente á la decadencia de la raza latina, pero al lado del Sancho británico calculador, egoísta, industrial, aún hace lucido papel el quijote español, vacía la bolsa y flaco el cuerpo, pero vigoroso el espíritu, haciendo comprender que la tierra es algo más que una factoría y que un mercado donde todo se compra y se vende.

Tengo fe en mi raza y en sus destinos, pero por eso mismo deseo su regeneración rápida é inmediata, y ésta únicamente ha de venir por el trabajo, aprovechando el tiempo, haciendo de los minutos horas y de los días meses, fabricando años si es necesario para ganar los que han transcurrido en la inacción y utilizándolos en destruir errores, vencer injusticias, desterrar fanatismos, sustituir ambiciones bastardas por ambiciones legítimas, tomando ejemplo de esos pueblos asiáticos que en me-

dio siglo se han puesto á la cabeza de los más progresivos, y para estimular á ello me permito recordar al lector un trozo de una de las joyas de nuestra literatura castellana, el poema de Fernán González:

*Un día que perdamos nunca le podremos cobrar,
Jamás en aquel día nos podremos tornar;
No cuentan de Alejandro los años ni los días,
Cuentan sus buenos hechos é sus caballerías.*

CLÁSICOS VALENCIANOS

Gaspar Gil Polo

Dicen que amor juró que no estaría
sin los mortales celos un momento,
y la Belleza nunca hacer asiento,
do no tenga Sobervia en compañía.

Dos furias son, que el bravo infierno envía,
bastantes á enturbiar todo contento,
la una el bien de amor vuelve en tormento,
la otra de piedad la alma desvía.

Perjuro fué el Amor y la Hermosura
en mí y en vos, haciendo venturosa
y singular la suerte de mi estado.

Porque despues que ví vuestra figura,
ni vos fuístes altiva, siendo hermosa,
ni yo celoso, siendo enamorado.

J. RUVIRA JIMÉNEZ

FIGURAS DE LA

HISTORIA

D. Alvaro de Luna

Vox populi, vox Dei, dice un adagio conocidísimo.

Alguna exactitud encierra en lo que se refiere á las pasadas épocas. Bastante inexacto resulta en lo que á los presentes tiempos respecta.

En las edades antiguas, en que la nobleza era la representación del pueblo con todos sus derechos, en aquellas épocas, repito, los favoritos, los que merecían la privanza del poder real, no lo conquistaban por la influencia de las ma-

sas populares. Alcanzábanlo por sus propios méritos, por sus inteligencias, por sus caracteres enérgicos.

Hasta tal punto, que muy bien pudiera decirse que la confianza que en ellos depositaba el poder real llegaba hasta ellos, que sólo representaban en la vida de los Estados el papel de contradizos.

Santoyo, Antonio Pérez y otros muchos dieron prueba bien clara de su valer.

El ilustre castellano que nos ocupa demostró de manera evidente su valía, puesto que un rey lo mandó decapitar por temor.

Y ya que me he ocupado de Antonio Pérez, suplicando perdón por esta corta digresión, debo haceros notar, lectores amigos, la semejanza en la suerte de los dos favoritos que perdieron sus cargos envidiables, muriendo de manera vergonzante el uno y lejos y olvidado de su patria el otro, por el amor de una mujer.

Antonio Pérez cayó en la desgracia del rey por los celos que de él tenía Felipe II respecto de la de Eboli.

El Condestable D. Alvaro de Luna fué mandado ejecutar porque la reina creía que él la robaba el cariño de su esposo.

Ahora bien, claro está que una simple suposición no podía destruir un hombre del temple de D. Alvaro de Luna; pero ya lo he dicho al principio, la nobleza lo invadía todo, encerraba y ahogaba los derechos del pueblo, pretendía aniquilar hasta el mismo poder real y no podía contemplar con buenos ojos la superioridad del Condestable, del único que en aquella época de obscurantismo supo crear una ronda especial que protegiera á los castellanos de la mano del asesino en tenebrosa y obscura callejuela.

Como administrador, llegó á conseguir que nunca hubiera déficit en las arcas del Tesoro de la ciudad, á pesar de que las continuadas guerras absorbían enormes cantidades.

En el sentido moral, los poetas de aquella época hanle dedicado hermosas trovas á la generosidad y caridad de D. Alvaro de Luna.

Sobre este punto difiere la opinión de algunos historiadores que no vacilan en afirmar

que el Condestable se mostraba generoso delante de los poetas para que éstos perpetuaran su memoria por medio de poesías alabando su largueza, las cuales no ignoraba que, dado el mérito de los poetas, habían de pasar á la posteridad.

Autores respetables, sin embargo, afirman que el Condestable no era tacaño.

¡Y pensar que aquella gigantesca figura que invirtió quince años de lucha, que puso su talento á la disposición de su rey y de la ciudad, fué destruido por la nobleza, que consideraba un peligro en la energía de D. Alvaro y en su equidad que servía de freno á la desmedida ambición de los nobles!

Estos avivaron el odio de la reina, y Juan II, débil, temeroso de un peligro, no vaciló en mandar ejecutar á su favorito en tablado vergonzante, manchada su honra por la sangre que producía el hacha del verdugo, y ante una multitud imbécil que ignoraba que con sus gritos de júbilo ahogaba la independencia de sus derechos.

¡Cuánto cuesta elevarse hasta el poder!
¡Qué inmediata y qué horrible es la caída!

La nobleza los levanta y los hace algo duraderos.

Los que las masas populares levantan, sólo tienen de duración la de la primera impresión de esas masas.

V. CALVO-ACACIO

BIBLIOGRAFÍA

Santiago Rusiñol. *Hojas de la vida*.—Traducción del catalán por Eduardo López Chavarri. Tomo XL de la Biblioteca Mignon.

Cuando dedicamos la inteligencia á la investigación de verdades ó al estudio de altos problemas, por mucho que sea el interés ó el íntimo placer que nos proporcionen esas tareas, la fatiga llega por la continua tensión de la voluntad; pero si al contentamiento mental se le unen los goces que las brisas del arte hacen llegar al espíritu, el tiempo apenas deja en nosotros huellas de su paso. Tal me sucedió al

terminar la lectura del *Poble gris*, de Rusiñol, y de *Hojas de la vida*, del propio autor, obra traducida por Eduardo López Chavarri.

Si álguien me hubiese preguntado si las obras del gran artista catalán eran traducibles, mi contestación hubiera sido negativa, salvo que fuese el autor de *Armónicas* el atrevido traductor. Sí, porque á Rusiñol nadie, entiéndase bien, nadie puede traducirle con éxito sino Eduardo López Chavarri, el otro yo de Rusiñol, temperamento artístico consonante, que siente por el maestro, no ya la veneración y el respeto del discípulo que cree y admira, sino el compañerismo del que tiene mancomunada de ritmo y de doctrina, idéntica vibración de alma... Precisamente cuanto se necesita para traducir bien al autor que ponga en sus obras algo más que retórica y palabras.

El vulgo cree que traducir una obra literaria es simplemente variarla de idioma ó de dialecto y que para ello basta saber más ó menos bien el léxico del que se trate de traducir; así se explica que muchos no vean en Shakspeare un dramaturgo de valía y que me aburriese hace algunos años, antes de poderla entender en su propio idioma, *La Divina Comedia*.

Traducir es *volver á crear*, dar el espíritu, no la letra del autor traducido. El traductor es el depositario de una honra, de un prestigio que tiene que conservar y defender con toda su inteligencia.

¡Cuántos desgraciados nos han convertido á Horacio en un mal coplero, á Marcial en un charadista y á Dickens ó á Tackeray en noveladores folletinescos!

No he leído en catalán *Hojas de la vida*, pero sí varias obras de Rusiñol, y puedo asegurar honradamente que López Chavarri ha interpretado á maravilla el estilo sencillo, sobrio, atrayente del autor, y sobre todo que traslada con fidelidad á la versión castellana la triste, la melancólica ironía, el punzante sarcasmo que dan á esta clase de obras del artista catalán un valor social, educativo, humano.

Si los escritores que valen lo que López

Chavarri tuviesen la noble abnegación de consagrar algún tiempo á esa clase de trabajos de tanto lucimiento y de mayor dificultad que los trabajos propios, prestarían un verdadero servicio nacional, porque siendo como es en España tan deficiente la voluntad en aprender idiomas y dialectos, conoceríamos lo mejor de cuanto se produjese sin que villanas manos mancillasen las hermosas manifestaciones artísticas.

Por desgracia, para que todo sea anómalo en España, se dedican á traducir á destajo quienes comienzan por hablar y escribir un castellano que también está pidiendo misericordiosa traducción...

En otra parte seguiré hablando de *Hojas de la vida*; esta REVISTA se honra publicando un magnífico artículo del traductor, y las alabanzas, aunque sean tan archi-justas como las que le prodigaríamos á López Chavarri, jamás deben seguir ni preceder á señalada merced; esto es lo discreto y lo justo.

CÉSAR JUARROS

Emiliano Benages y Más.—En la sierra. — Poesías.—Valencia.—Imp. Alufre.

Leído superficialmente, á la ligera, como suelen leerse los versos, no impresiona, no logra despertar la ambicionada emoción, acaso porque el poeta no ha alcanzado á conservar la necesaria indiferencia para poder conmover á los demás, sabiendo despertar la artificial simpatía que el arte engendra. La emoción estética y la emoción real son, como dice Dugas, diametralmente opuestas. La falta de sensibilidad de los artistas en los momentos de crear es una condición indispensable para lograr formar esos lazos espirituales que establece un ideal común y que constituyen el fin estético.

Como afirma Diderot, cuando se llora no es posible encontrar adjetivos ni hacer lindos y bien ritmados versos.

En el interior sentido de las poesías de Benages vive una amarga melancolía, honda, intensa, despiadada, inacabable. Corre sobre

ellas toda esa tristeza nostálgica de los crepúsculos del Otoño, en que sobre el obscuro monótono del rastrojo empieza á arrastrarse lánguida, perezosamente, la niebla amorosa y soñadora. Hay en todo aquel su gemir un fondo de tristeza torturante, abrumadora, que hace falta ir destilando lentamente, poco á poco, para poder apreciar en todo su perfume, en toda su intensidad.

Amante de los campos, impregnada el alma de ese vago y alado sentimentalismo que en las cosas pone la angusta y plácida serenidad de las tierras cultivadas, Benages ha sabido dar á sus versos el dulce encanto de las buenas y olvidadas leyendas que en los antiguos tiempos oían los viajeros, mientras descansaban á la sombra bondadosa y grave de los viejos muros de las ermitas, perdidas entre olmos y cipreses.

No sé por qué extraña evocación psicológica paréceme ver en Benages un ave con las alas cortadas, un poeta condenado al prosaismo de la vida del lugar, un vencido que aún lucha por sacudir la brutal y yugulante presión de la realidad.

Aletea en aquellas rimas una resignación penosa, doliente, de esas resignaciones que se pasean bajo

«Las corpulentas encinas»

que

«Parecen fantasmas negros»

Encima de los peñascos

Y al borde de los linderos»

y que cuando una vez hacen presa en las vidas de los buenos, ya nunca las abandonan, en tenebreando las horas, ahuyentando alegrías, alejando ilusiones, rosadas esperanzas.

Este es el íntimo y admirable sabor que yo encuentro en los versos de Benages. Su tristeza es melancolía buena y mansa como la de un ciprés, como la sombra pensativa de los nogales, como las ruinas de una cruz en el misterio de un sendero silencioso y solitario, como el canto de una fuente abandonada entre la umbría de un muro derruido.

Suavemente, sin brusquedades, como bajo las hierbas de los prados se deliza el agua, la añorante tristeza de «En la Sierra» va infil-

trándose en lo íntimo del espíritu del lector, que acaba por identificarse con el poeta, deplorando con él la muerte del pobre muchacho que

«Descansa la frente inmóvil
En desvencijada mesa
De desunidos tablones...»

celebrando la presencia de la púdica cigüeña llegada de lejanos países

«Stempre arriba, siempre arriba»

llorando á la anciana maestra que

«Rígida, inmóvil, sumida
En honda melancolla,
Momia egipcia parecía ...»

V. Serrano Clavero. — *Rebeldías*. — Valencia 1904. — Imp. de F. Vives Mora.

Si como dice Tolstoi, el poder del contagio es el signo infalible del arte y la única medida posible de las excelencias, forzoso es reconocer en el último libro de Serrano Clavero admirables condiciones estéticas. Aquellos versos jóvenes, llenos de vigor, de fuerza, son una protesta que seduce, arrastra y hace olvidar todo género de convencionalismos. El arte, utilizado como medio de unir almas, de conquistar sentimientos, parece ser el fin propuesto en *Rebeldías*. Como decía Platón, hay verdades que sólo pueden comprenderse con el alma. Es mucho más fácil, como ya pensaba Pascal, encontrar amigos y compañeros hablando de arte que no de geometría.

Nada de engorrosas estadísticas, párrafos mazorrales ni escolásticas deducciones; versos limpios, sonoros, inspirados, fuertes y vigorosos. Predicar envolviendo los argumentos en el bello ropaje de la poesía, hermoso ideal.

Ni un sólo momento decae la inspiración en *Rebeldías*; consérvese siempre enérgica, potente, altiva, lo mismo cuando canta los dolores de los pobres que pasean por la húmeda tristeza de las calles su miseria, que cuando ruje la lucha en la barricada repleta de cadáveres, envuelta en nubes de humo, salpicada con grandes manchones de sangre coagulada.

La protesta es viril, la forma apropiada;

abundan los nobles pensamientos, las frases felices, los aciertos en el adjetivo, siempre sobria y exactamente aplicado; no puede pedirse más á un libro de propaganda, á un libro en cuyo fondo existen mil odios, mil secretos deseos de venganzas, de renovaciones.

No hay delicadezas, matices suaves, melancólicos, porque la lucha exige ocultar las debilidades, acallar las emociones vagas, dulces como el sonar de una campana al morir la tarde. Hay que aparecer fuerte, sin desmayos, secar las lágrimas y desterrar la nostalgia.

De las admirables condiciones de poeta del Sr. Serrano son de esperar otros libros más amables, menos rudos, más amorosos, que acaricien, que traigan á las almas sensaciones de ensueño, de esas que tanto necesitan los humanos en estos tiempos en que sobre todas las vidas soplan vientos de tempestad.

El cruel espectáculo de todas las desgracias y torturas que el vegetar exige, no por todos puede ser soportado. Aquellas negruras desgarradoras, que horrorizan y entenebrece forzosamente, le restarán al autor de *Rebeldías* muchas admiraciones de todos los fuertes, los sanos que odian el realismo porque le llevan dentro. Cada uno busca en el arte el complemento de su vida. Los cobardes gustan de leyendas en que se hable de batallas, los tímidos de poemas amorosos. A Clavero no le rendirán culto más que los débiles, los enfermizos, incapaces de sentir por cuenta propia tales atrevimientos, pero que no les desagrada verlos expresados por otros.

En este sentido creo que la labor de Serrano Clavero es contraproducente; ansía arrastrar á las multitudes en pos de la soñada evolución y sólo logrará conmover á los pobres de espíritu.

Haga otras cosas, cultive el arte por el arte, por la belleza y logrará ser uno de nuestros poetas, el poeta viril, grande que todos esperamos, cansados ya de nenúfares, damas gaseosas é idilios vegetales, frutos de una originalidad mal entendida, de lecturas mal digeridas y de servilismos estéticos inconcebibles.

P. J. Moebius.— *La inferioridad mental de la mujer.*—
F. Sempere y Compañía.— Editores.— Valencia.

La diferente modalidad de las facultades mentales del hombre y la mujer han dado lugar en todos los tiempos á inacabables controversias.

La obra de Moebius es en el mundo de los libros el antípoda de la célebre defensa compuesta por el padre Feijóo. El escritor alemán serio, altivo, sin un rasgo de humorismo, con una gravedad empalagosa, mirando siempre á los áridos campos de la Ciencia, ha compuesto una série de artículos abarrotado de lógica contundente, demasiado contundente por desgracia.

No obstante lo bien orientado de su labor, creo que Moebius se equivoca, que se no ha colocado en el verdadero campo de discusión. Son demasiadas sutilezas las que emplea para tener razón. La verdad no gusta de adornarse con extraños perifollos, aunque estos supongan una penosa labor cerebral.

Las mujeres son medulares porque no tienen por qué ser cerebrales. Viven limitadas á sus hijos y familias, y en ello está precisamente su encanto, su más adorabilísima condición. Todos los grandes afectos son limitado pequeños en extensión.

La igualdad entre el número y la intensidad queda reservado á unos cuantos escogidos que han paseado por el mundo su augusta calma derramando bondades, abnegaciones, sacrificios.

La mujer es ante todo y sobre todo imaginativa, imaginaciones fuertes, reñidas, como todos los filósofos saben, con esa propiedad intelectual que llaman razón y que hace la vida tan insoportable. Ribot, Dugas, Taine y otros muchos lo prueban en sus libros; si la imaginación hállase suelta es porque la razón es débil, pequeña.

Los términos del problema podrían, pues, reducirse á analizar cuál de los dos factores debe imperar para ser lo más felices posibles, única cuestión que en último término nos interesa. No es por tanto que la mujer sea inferior al hombre, sino que constituye otra moda-

lidad distinta de la vida cerebral. A Moebius le parece el aspecto femenino inferior al masculino; cuestión de gustos; no faltará quien opine lo contrario y quien como yo crea que ambos tienen igual categoría y son idénticamente necesarios.

Cúlpele á la imaginación, «gran maestra en falsedades» (como la llama un psicólogo francés), que para vivir necesita hacerlo á costa de la memoria y la razón, y no á la mujer.

La mujer es variable, fogosa, fácilmente impresionable como los artistas, como los poetas.

No hay nada más embrutecedor que esas tesisas ridículamente fijas, constantes, inmutables que por ahí pasean una porción de señores que piensan que el ideal es la tiesura, la rigidez, tanto física como moral é intelectual. Los cambios bruscos injustificados, esas risas á destiempo, esos llantos inesperados tienen un encanto vago, que vale más, mucho más de lo que piensa Moebius. La mujer debe ser nuestra ayuda, nuestra fuente de consuelo, la engendradora de todo el esteticismo de nuestros placeres, la inspiradora de nuestros pensamientos más bellos, de nuestras labores más hermosas, el excitante de todo nuestro vivir, y para eso saben tanto ó más que Aristóteles, como afirmaba el flaco y famoso caballero creado por Cervantes.

Los fundamentos del libro que nos ocupa no se apoyan como debieran en la histología. Ahí en esas células de la corteza, conocidas merced á la penosa y gloriosa perserverencia de Cajal, reside seguramente la explicación fisisio-anatómica, la única posible. Todo lo demás son dulces y amenos divagares.

Angel Ganivet.— *Epistolario.*— Madrid 1904. — Biblioteca nacional y extranjera.

Procurad para leer este libro recluirlos en una casa aislada en medio del campo. En una habitación á donde no llegue ningún rumor de población y por cuyas ventanas penetre á raudales luz franca y vigorosa. Solo así puede comprenderse todo el esotérico valor de aque-

llas cartas, en que brilla un extraño ambiente, mezcla de presentimientos y esperanzas.

No sé, no puedo definiros la sensación que logró causarme. Algunos de los párrafos en que asoma su garra la locura, temible, implacable, profunda, han dejado en mi alma una extraña huella, surco imborrable, incapaz de ser analizado. Hay allí un perfume misterioso de cosa sobrehumana, profética, de ultratumba. No hablaría de otro modo uno de esos portadores de grandes revelaciones, que el vulgo necio ha sacrificado tantas cuantas veces le ha sido posible.

Es la vida de Ganivet una vida cuajada de sombras y penumbras, sin una sola claridad, sin un solo punto de contacto con el ordinario vejetar del comun de los humanos. Todo el laborar de aquel cerebro atrae, subyuga, domina, deja una impresión íntima de que en él hallaron solución mil problemas de esos que desgarran el espíritu, que calló por bondad, por abnegación.

No es posible resistirse á la idea. En Ganivet vivía un algo extraño, anómalo; en muchos de sus trabajos parece un hombre venido del Misterio, que huyese después de compadecernos, ante el temor de revelarnos lo irrevelable. Era demasiado fuerte, acaso el primer ejemplar del super-hombre, presentido por Nietzsche, un guía, un avanzada, un precursor de nuevas generaciones, una muestra de lo porvenir, del ideal inesperado.

Su epistolario es, ante todo, un libro que sugestiona, que esclaviza. Él mismo era un caso de auto-sugestión, un cerebro demasiado sano ó demasiado enfermo, en el que no era posible precisar dónde terminaba la razón y empezaba el desvarío. Su pensar escapaba casi siempre al juicio de los hombres, volaba demasiado alto, por regiones que no todos conocen y que á muy pocos les es dado alcanzar.

La muerte de Ganivet se parece demasiado á una huida, para no inquietar á los que aman penetrar en la íntima psicología de los seres. Esa aureola de secreto agranda aún más su enorme valer; los escasos escritos que de él se conocen solo sirven para avivar la curiosidad. Es necesario esperar la salida del

Epistolario completo para poder apreciar y fijar más la personalidad hasta ahora vaga, indecisa, borrosa. En Ganivet interesa más su vida, los procesos y evoluciones de su pensar, las luchas de su espíritu, que no sus obras, incapaces por su índole, de reflejar todo el esplendor triunfante del genio.

ENRIQUE MUÑOZ

TEATROS

Yo debo decir algo de «La desequilibrada» de Echegaray, estrenada no há mucho, por la compañía de la Sra. Cobeña; pero yo siento una piadosa, fervorosa admiración por los buenos poetas viejos y no quiero decir nada de «La desequilibrada». ¿Alcanzas el por qué, lector?

En sus libros, ante las producciones teatrales de estos buenos escritores viejos, nosotros hemos aprendido á pensar, hemos sentido las primeras emociones artísticas y en el alborar de nuestra vida literaria aquellos han sido algo así como solícitos padres que limpiaron nuestros ojos y nos hicieron descubrir horizontes. Yo les hago objeto de mi afecto, yo les admiro, yo, sobre todo, les respeto y por eso no quiero decir nada de «La desequilibrada».

Y aunque no sintiera tal, yo no puedo, en conciencia, hablar de esta obra por una razón que no dejará, lector, de parecerte profunda, porque no la he visto. Y es que yo, al igual que el *otro*, gusto de cultivar mis admiraciones, no viendo las obras escritas en la decadencia de un autor.

Pláceme intensamente pensar que el tiempo no pasa, que siguen lozanas, potentes, á pesar de la fatiga de los años, aquellas imaginaciones esplendorosas cuya luz y cuyo fuego nos alumbró á los jóvenes; pláceme pensar que aún soplan sobre las muchedumbres las ráfagas vivificantes de creador talento que hicieron estremecer nuestras almas con puras, imborrables emociones artísticas... Por eso yo me he contentado con leer lo que otros

han dicho sobre aquella obra, sobre las últimas producciones del eminente Echegaray... Acaso esta sea una confesión que no deba hacerse, lector, pero prefiero hacerla á tener que decir que «La desequilibrada» es una obra mala...

Yo voy á hacer otra confesión que acaso te parezca insólita, rara, y es la de que el naturalismo en la declamación de «Don Juan Tenorio» me abruma como una gran desgracia. Este año, todos los primeros actores hicieron con arreglo á las prescripciones de la moderna escuela, quitándole, tal vez, á la obra del inmortal Zorrilla, el mayor atractivo.

Amable leyenda por el argumento; leyenda en la que celebra el pueblo al más atrayente y simpático de sus héroes; leyenda por el vago encanto de sus versos, aleteos dorados de una voladora fantasía, vibraciones de un alma besada por la Inspiración; leyenda toda ella, del primero al último verso, caballeresca, amorosa, romántica...: sus estrofas piden al ser dichas, la armonía del canto, la cadencia de una dicción soñadora, toda la música del blando rumor de las olas que desfallecen en la playa con lánguido beso de amor; del aire que ríe ó gime en bosque de flores, de la campana que en la callada quietud del alba eeparce su són cristalino... Obra esencialmente romántica, fabulosa, rechaza en su interpretación la llaneza en el decir, la corriente manera de hablar... Es acaso la única obra que hace posible en la actualidad el lamentable latiguillo, la dicción ampulosa, los gritos inquietantes.

Tal vez ya no lo admita tan buenamente el drama «Traidor, inconfeso y mártir». Yo he visto recientemente esta obra en el escenario del teatro de la Princesa. La noche en que se puso fué una noche solemne, de recuerdo y en honor de un actor insigne, de Don Pedro Delgado.

En la sala, poco menos que vacía, perdíanse las viriles, las gallardas estrofas del infeliz rey D. Sebastián, noblemente encarnado en el Sr. Muñoz. La interpretación que éste dió al papel fué artística, de mérito evidente. Pero el público apenas si aplaudió dos ó tres parlamentos, y yo, un poco asombrado,

pensaba que este público inculto acaso no comprendía todo el valor de la obra. Indudablemente débese esto á las corrientes de la afición contemporánea, que llevan por otros cauces los ríos del agrado y del entusiasmo, á una dolorosa degeneración del gusto, á una falta, tan lamentable como cierta, de cultura artística.

Además de esta ocasión, yo he tenido otra también de reciente de observar lo mismo, con igual intensa inquietud de mi ánimo, en el estreno de la comedia «La zagala». Esta obra es una obra artística, de mérito indudable. En ella resplandece una fuerza tal del sentimiento, tan intensa y bellamente expresada, que se impone; es una obra melancólica, amarga...

Su argumento es sencillo y árduo. En un viejo caserón vive su vida de recuerdos y añoranzas un personaje, alma de hidalgo. Su esposa, por ley de la muerte, se ha ido; su hija mayor, por ley de la vida, se ha ido también con el elegido de su corazón; su hija más pequeña está lejos, ignorante de su desgracia, para curarse de enfermedad traidora. A D. Baltasar de Quiñones se le fueron todos, quedándole con sus recuerdos en el ancho caserón, abatido, triste... De pronto repara en el gallardo donaire y bizarría de una «zagala» que entró á su servicio; ella es joven, es hermosa, es buena, es limpia, es afable, y el solitario de la vida siente que ya en la casa no está sólo... La pasión no estalla súbita; no es explosión de amor que ciega y quema, es callado fuego que arde poco á poco, sin humo que salga en suspiros, sin llamas que se escapen en miradas, es afecto tranquilo y hondo que va acercando á ambos en el sosiego de la vida casera con la confiada tranquilidad de sombras conocidas... Y todo entonces se revela contra ellos; la estólida sociedad de Olivares, que hace mofa de aquellos amores como antes la hizo del erguido hidalgo porque enseñaba á leer y á escribir á su servidumbre y porque componía madrigales á la luz de la luna en el aromoso jardín; los criados que murmuran, los amigos que llegan hasta la calumnia, y todos, entre las burlas y los aspa-

vientos de un honor hipócrita, acaban por apartarse, por retirarse del palacio, incluso una vieja criada que vió nacer á D. Baltasar, á sus hijas, acaso al mismo abuelo... Y Don Baltasar, siempre recto, siempre hidalgo, se casa con la zagala sin haberla dado un beso. Y vienen las hijas. La menor, recuerda á su madre y se la recuerda de continuo á su padre, constituyendo las sencillas lamentaciones de su dolor, sentidas, delicadas escenas; la hija mayor, sospecha, insinúa extrañezas, agobios de su corazón, producidos por un no sabe qué flotante en la ancha casa; la zagala percibe que le es hostil algo, acaso las miradas de la señorita mayor, tal vez la insolencia de los criados; indudablemente el dolor de la niña, que nombra de continuo á su madre, y empujada por este tenaz recuerdo, enloquecida por la altura donde ha subido y desde la que vé, allá en lo hondo, en la última capa social, arrastrarse como gusanos á hermanos y á padres, decide marcharse, y allá se vá, sin advertirlo á nadie, en busca de los suyos, en busca del sol, en busca del campo de donde había venido. Las hijas también se van; la mayor, sabedora ya de todo, dolorida; la pequeña, abatida, triste, pensando siempre en su madre... Y otra vez queda solo D. Baltasar en el caserón frío, solitario, hostil, lleno de recuerdos que torturan...

El planeamiento de la obra es hábil; su diálogo es hermoso; el proceso del argumento, su desarrollo es feliz. ¿Acaso, pues, esta obra es perfecta? Indudablemente que nó. Algunas escenas *pesan* demasiado; los primeros parlamentos de D. Baltasar tal vez sean brochazos escesivamente bastos, que caricaturizan al personaje en vez de retratarlo; algún asomo de doblez en la conducta de la zagala, además de innecesario, resta simpatías al personaje... Pero la obra en conjunto es bella, es artística, es delicada. Y por eso, lector, no te extrañará que diga que observé, algo inquieto pero resignado, como de una gran desgracia inevitable, que el público no la hiciera un éxito ruidoso.

De él se mostraron dignos igualmente el notable actor Miguel Muñoz y la muy distin-

guida actriz Srta. Enriqueta Palma, que hicieron primorosamente los papeles principales. El trabajo de ambos fué de los que dan nombre eminente, digno de los aplausos con que el público las premia. Interpretaciones así mejoran las obras.

Sin embargo, aunque la interpretación de «Gloria pura», estrenada en Ruzafa, hubiera sido como aquella, no se salvara la obra. Acaso esto sea únicamente opinión mía, que en realidad no puedo contrastar, pues el trabajo de los artistas del popular teatro fué igualmente deficiente en las representaciones sucesivas que tuvo la obra. Esperamos, á pesar de esto, que pronto se resarcirán del fracaso; se anuncia «El husar de la guardia» con trompetas pregonadoras del éxito obtenido en otras partes... Tal vez esto no sea más que un buen deseo, tal vez sea una bella realidad...

GLOSAS Á LA VIDA.

Por llegar cuando ya estaba en cajas todo el original del presente número no podemos ocuparnos, como la importancia de la obra merece, de la hermosa novela titulada *Doña Abulia*, original de nuestro querido compañero Sr. Carreras.

Sírvanle estas líneas de acuse de recibo y de felicitación entusiasta por el éxito literario de su laureada obra, que desde luego recomendamos á los lectores amantes de la corrección y pureza del lenguaje.

Ya quisieran escribir así muchos ingenios... honorarios.

*
* *

En dos grupos se dividen los escritores: los que van camino del banquete de consagración y los ya banqueteados. Para los primeros toda indulgencia es poca, dejadles hacer; con los segundos hay que ser exigentes.

Al Sr. Valle Inclán, banqueteado por los dioses mayores y menores de la literatura, no se le puede perdonar que diga de los cipreses centenarios que «Parecían patriarcas sin prole abandonados al borde de un camino.»

Ni es modelo de símil decir: «dos lomas redondas é iguales como los senos de una gigante.»

Tampoco puede dispensarse á quien le aclaman opulento dilapidador del lenguaje, que repita tantas veces en tan pocas páginas «las violetas de sus ojos», y «ululaba», etcétera etc.

* * *

El terrible atentado de Barcelona vuelve á poner sobre el tapete de un modo palpitante el tremendo problema de la represión del anarquismo.

Todos, hasta las personas sensatas de los partidos avanzados, reprueban con indignación el salvajismo de esos supuestos regeneradores que se llaman «compañeros» de los hombres honrados con una ironía y un sarcasmo propio del más descarado cinismo.

El homicidio puede ser disculpable por el arrebató y la obcecación, el robo por el hambre, pero la bomba explosiva que se lanza por oculta mano para destruir cuanto al paso encuentre, sin distinguir entre inocentes y supuestos culpables, no merece perdón y necesita urgentemente una modificación radical en el espíritu de nuestras leyes para castigar de modo terrible tan atroces demasías y tan criminales propósitos.

Luego, los declamadores de la libertad persiguen en reuniones y mitins el castigo de los que suponen verdugos de los anarquistas.

Debiera entregarse á éstos á un tribunal especial que aplicara las penas con relación á los delitos y que fuera inexorable.

El labrador estirpa la zizaña. Sólo así puede recoger la cosecha.

* * *

Los distinguidos autores valencianos señores Thous y Cerdá han obtenido un triunfo en Madrid con el estreno de su zarzuela en un acto *La Casita Blanca*.

Según los periódicos de la Corte, salvo algún defecto consistente en desconocimiento de las leyes y alguna escena que peca de grotesca, la obra es bonita y el éxito fué franco y ruidoso.

La música, del Sr. Serrano, dicen que es una verdadera maravilla.

Nuestra enhorabuena á los jóvenes autores, á quienes deseamos en el género que cultivan muchos triunfos pecuniarios, lo cual les será fácil, pues tienen condiciones para ello.

Hay que animarles también á que produzcan algo más transcendental, puesto que tienen abiertas ya las puertas de la escena madrileña.

A ello, pues, queridos amigos.

* * *

En Madrid han vuelto á ponerse de moda los atropellos. El público ha perdido su antigua pasividad y tomado por el camino de las represalias incendiando los coches, apedreando á los conductores, desacatando la autoridad; cada víctima es un motín.

Pues bien, es preciso reaccionar prontamente contra tales procedimientos. La culpa no es de los tranvías, que marchan á paso de cangrejo, sino de los transeúntes.

En las poblaciones españolas todo el mundo camina con una lentitud paradisiaca, parándose cada tres pasos, formando corro ante cualquier minucia; un ciego que canta, un borracho que blasfema, un perro que regaña con otro, un extranjero de exótico traje que pasa. Es el país de la lentitud, parece como si nadie tuviese nada que hacer.

No es esto sólo; como las casas parecen cárceles, todos los chiquillos andan en plena libertad por calles, paseos y plazas, vociferando, corriendo, jugando, insultando á los elegantes relativos que por aquí nos gastamos. El sol ardiente y bondadoso arranca de las alcobas á los ancianos, á los impedidos, y por los sitios de más peligro pasan arrastrando toda la miseria torpe de los últimos restos de su vida. No ven, no oyen, creen seguir en los tiempos de su juventud, en que sobre el adoquinado no rodaban más que carros, y se dejan arrollar con una inconsciencia desgarradora.

No es culpa de los eléctricos, lo es del público. Los eléctricos fueron hechos para poblaciones en que las calles no sirven para pa-

sear, en que los niños y los viejos están en las plazoletas de los parques, en que todo el mundo se adapta prontamente al progreso.

*
* *

Uno de estos días háse celebrado en Valencia una reunión para protestar del encarecimiento de los artículos de primera necesidad. Tal reunión obedece á un malestar general. La vida va siendo cada vez más penosa. En España nunca se comió bien, somos el país clásico de los hambrones, la tierra del dómene Cabra. Nuestra cocina es una guasa de mal género. El plato nacional, el cocido, tiene mucho de análisis. Los obreros han comido en todos los tiempos poco, los ricos mucho pero malo.

No hay gusto para guisar. Pueblo exageradamente religioso, hasta en nuestro comer se reflejan tales influencias: los guisos parecen siempre bazofias de convento.

Ahora que Europa llega á nosotros, sentimos ansias de comer como Dios manda y no nos es posible. Los jornales sólo bastan para cocidos *inverosímiles*.

*
* *

No merece ser dichoso quien se acobarda ante el dolor.

*
* *

Un Sr. Berge publicó en *Le Correspondant* un artículo afirmando que España prospera y que si continúa veinte años más de ese modo *asombrará al mundo*.

Gracias á Dios que un extranjero nos hace algún favor.

Pero á un rotativo le duelen esos elogios y demuestra como dos y dos son cuatro que España no asombrará por su progreso, sino por su incultura, por su apego á lo pasado, por sus represiones atávicas...

Está visto, á estos rotativos les place más la leyenda del flamenquismo y de la navaja en la liga. En cuanto se habla bien de España no pueden resistirlo.

*
* *

En tres cosas ha de ser reservado siempre con el vulgo el hombre discreto: en religión, en política y en amor.

*
* *

No lisonjees á tus amigos porque llegarán á despreciarte en cuanto crean justo el elogio.

IMPORTANTE

En la sección bibliográfica de esta Revista daremos cuenta detallada de todas aquellas obras de las cuales nos sean remitidos **dos ejemplares** por sus autores ó editores.

De las que recibamos **un ejemplar** haremos mención con nota de su precio y condiciones.

ADVERTENCIAS

No se devuelven los originales y sólo se publicarán los que á juicio de la Redacción lo merezcan.

Rogamos á los escritores de la región levantina, cualquiera que sea su residencia, nos envíen nota detallada de sus obras, precio y puntos de venta para ser anunciadas.

Precios de suscripción

Semestre.	2'50 ptas.
Trimestre.	1'25 »
Número suelto.	0'20 »

REVISTA DE LEVANTE se publica los días 1.º y 15 de cada mes y constará de 32 páginas con elegantes cubiertas en color.

Toda la correspondencia al Redactor-Jefe

Redacción y Administración: calle de Colón, 31, bajo.—Valencia.

Valencia.—Imp. de J. Guix, Miñana, 7 y 9.